


Lou Carrigan

# HIPPIES


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

# HIPPIES

Colección LA HUELLA n.° 99
Publicación quincenal
Aparece los lunes




EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-03656-2
Depósito legal: B 30911-1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: setiembre, 1976



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

# CAPÍTULO PRIMERO

Pete Ingram, agente del P, D. (Police Departament), quedó autorizado aquella tarde para dar por terminado su trabajo a las seis. Nada de horas extraordinarias aquel día. Había hecho un buen trabajo, y el inspector-jefe, Phil Saunders, le dio una palmada amable en un hombro, aconsejándole que fuera a divertirse un poco. Al cine, al teatro, a la velada de boxeo…

—Diviértete un rato, Pete —le había dicho—; te lo has ganado. Hasta mañana a las diez.

—¿A las diez, señor?

—Ni un minuto antes.

De manera, pues, que Pete disponía nada menos que de dieciséis horas de vacaciones. Algo es algo. Desde luego, no iría al cine ni a ningún otro sitio. Se sentía cansado, y una tranquila velada en su casita de Reisterstown Road, con vistas a Druid Hill Park, le sentaría de maravilla. Tenía un montón de libros para leer, buena música en su pequeña discoteca y, si tanto le apuraban, podría ver la televisión… Ajá: una velada tranquila. En Baltimore, realmente, ésta era la mejor elección.

Primero se daría un buen baño con agua caliente. Luego, una ducha fría. Después se prepararía una cena de soltero a base de…

—¡Chist!

Volvió la cabeza hacia la derecha, que era donde se había oído aquella llamada, y sonrió al ver a la muchacha. Estaba a poco más de quince yardas de él, en la misma acera del P. D., y parecía que le miraba a él, a Pete Ingram, agente de policía. Cosa que a Pete le pareció poco probable, ya que no conocía a la linda muchacha ni tenía aquella clase de amistades tan exóticas.

Ella debía tener veinte años. Era una *hippy* como les había dado

por llamarse a aquellos gandules muchachos de la flamante generación. Llevaba flores en sus rubios cabellos lacios y despeinados. Y una minifalda de lo más mini y de lo menos falda. De no haber sido por aquellas «maxibotas», se habrían visto en su totalidad las piernas. O poco menos. Luego, llevaba un grueso jersey negro y una chaqueta de largos faldones de brocado, recargadísimo de raros bordados de vivos colores. Y una cadena al cuello, con un enorme medallón. No una cadenita con un medalloncito, no… Una cadena de tremendos eslabones con un enorme disco que parecía de cobre y cuyo diámetro no era inferior a tres pulgadas, con un grosor de casi un cuarto. Las botas eran rojas. Es decir, un conjunto más llamativo que su propia belleza.

Bien. Así eran algunas chicas, y había que aceptarlas.

De manera que Pete Ingram le sonrió tenuemente y luego miró tras él. Por supuesto, ella había llamado a alguien que estaba a su espalda, no a él. Esperaba encontrarse con un chico *hippy* de hirsutos cabellos y espesa barba, medio descalzo, o algo por el estilo…

Pero no. No, señor. Precisamente en aquel momento no había nadie cerca de él.

Volvió a mirar a la muchacha, que caminaba hacia el borde de la acera mirándole. Pete alzó las cejas, en gesto interrogante, mientras se señalaba el pecho con el pulgar. Ella tenía los ojos muy abiertos. Parecía… asustada. Eso era exactamente: asustada. Y cuando Pete formuló la silenciosa pregunta de si le llamaba a él, la muchacha asintió con la cabeza enérgicamente y luego señaló con la barbilla hacia la otra acera de la avenida.

Fruncido el ceño por la curiosidad, Pete Ingram Se dispuso a acercarse a la linda muchacha de los rubios cabellos despeinados. La vio bajar a la calzada, caminar graciosamente hacia la otra acera… Oyó el fuerte zumbido del motor de un coche a su izquierda, pero no hizo caso. Solamente tenía ojos para la muchacha.

De este modo, inevitablemente, vio lo que ocurrió: el coche al que él no había prestado la menor atención pareció saltar hacia la joven *hippy* igual que un tigre sobre un corderillo. Pasó zumbando, casi rozando al agente, directo hacia la muchacha. Ésta dejó de mirar entonces al

*G-man*
para prestar atención al coche, sobresaltada.

Y en menos de un segundo sucedió lo que Pete Ingram no olvidaría en toda su vida. Fue como una de esas escenas inolvidables de una película que nos impresiona: la muchacha se sobresaltó; abrió la boca en un gesto de asombro primero, de reconocimiento después; cedió el sobresalto un instante, pero inmediatamente fue sustituido por un gesto de incrédulo espanto; su boca se abrió en el principio de un grito…

Eso fue todo.

Un segundo después el cuerpo de la muchacha saltaba por el aire al recibir el fortísimo impacto del coche lanzado a toda la potencia lograda en el corto trayecto. Fue alzada no menos de diez pies y lanzada brutalmente hacia adelante. Cayó cerca de la acera derecha, como un viejo muñeco de trapo que ya se tira a la basura.

El coche giró hacia ella, con clarísimas intenciones por parte de su conductor de pasarle por encima. Pero la violencia de la curva que se precisaba para ello y la propia velocidad del vehículo se lo impidieron. Pasó rozando las piernas quebradas de la muchacha, subió a la acera, giró de nuevo hacia la calzada y continuó a toda velocidad, alejándose por la avenida.

Un grito había resonado en ésta, y por un instante todos los transeúntes parecieron petrificados. Todos, excepto Pete Ingram, que corría ya hacia la *hippy*, pero mirando la matrícula del auto que se alejaba… También aquella matrícula la recordaría toda la vida.

Cuando llegó junto a la muchacha, el
*G-man*
estaba casi más pálido que ella.

Estaba tendida de cara al cielo plomizo de la tarde, ensangrentada, trágicamente retorcida, como descoyuntada. Tenía los ojos abiertos, terriblemente abiertos y espantados, aterrorizados.

—… Matar… matar a…

Eso fue todo lo que dijo. Y ya fue demasiado realmente. Por un lado de su crispada boquita sin maquillar apareció un fino hilillo de sangre. La cabeza se venció hacia un lado y los ojos quedaron abiertos de aquel modo tan increíble, aterrados.

Como en una pesadilla, Pete Ingram oía voces a su alrededor. Comentarios excitados, palabras sueltas de horror, de pesar, de

incredulidad. Luego, unas voces más firmes que ordenaban a los curiosos que se apartaran.

—Pete, ¿qué ha ocurrido?

Se quedó mirando a Larsen, uno de sus compañeros, que tras la pregunta había tomado una de las blancas manos de la muchacha, palpando la muñeca con dos dedos.

—La han matado…

—Un accidente lamentable. El conductor ha huido, según veo.

—No… No, Joey; no ha sido un accidente.

Dos hombres más se habían acuclillado junto a ellos, rodeando entre los cuatro a la muchacha *hippy*.

—Está muerta —musitó Roger Cotter.

—¿Dices que no ha sido un accidente? —musitó Dan Power.

—Eso digo, Danny. Lo he visto todo muy bien… Hay que llamar una ambulancia para que la lleven a la Morgue.

—Yo me encargo de eso —dijo Cotter.

Pete Ingram asintió con la cabeza. Estaba mirando fijamente el grueso medallón de cobre, que tenía pintado en aquel lado un gran sol de color amarillo, en cuyo centro se leía la palabra PAX. Paz… Era irónico. Le dio la vuelta al medallón, y su expresión se animó al ver lo que había grabado allí. Letras y números. Uno de los grupos de números era el de un teléfono de Baltimore. Más abajo ponía: «Grupo de sangre, O», sangre universal, que la precavida muchacha advertía. Precaución que de nada había servido… Luego, la última palabra era un nombre. Sin duda el de ella: «Maryetta».

Joey Larsen señaló con un dedo aquellas inscripciones sobre el cobre.

—Parece que se llamaba Maryetta y ahí tenemos su número de teléfono, Pete. ¿Quieres que yo llame ahí? Pete Ingram movió negativamente la cabeza.

—No. Yo llamaré. Pero tú ven conmigo, Joey. Danny se quedará con la chica hasta que vengan a buscarla. ¿Sí, Danny?

—Claro, Pete. Id a lo vuestro.

Los dos policías se dirigieron hacia el Departamento, apartando a los curiosos. Un agente de la policía había acudido ya y se ocupaba también de ello. Conocía perfectamente a los dos detectives desde hacía tiempo, pero vio el rostro sombrío de Pete Ingram y se abstuvo de preguntar nada.

En la puerta del P. D. se encontraron al inspector-jefe Saunders, que se detuvo en seco al verles.

—Pete, ¿qué dice Roger respecto a que no ha sido un…?

—La han atropellado a propósito, señor. Por favor, vayamos hacia un teléfono mientras le explico —entraron los tres, directos hacia el teléfono más cercano—. Esa chica parecía que estaba esperándome en la calle, señor. Aunque quizá no a mí, sino a uno de nosotros. Me chistó, la miré y me dio a entender que, en efecto, era conmigo con quien quería hablar. Yo estaba sorprendido, pero acepté, por supuesto. Ella, debía querer buscar un sitio menos espectacular que la puerta del P. D., de modo que comenzó a cruzar la calzada… Entonces apareció el coche. No le di importancia de momento. Se echó encima de la muchacha con toda premeditación, señor.

—Si tú lo dices, así será. Mmmm… Debemos suponer que esa chica tenía algo que decirnos, ¿no te parece?

—Dijo algo: «matar… matar a…». Sólo eso, señor.

—Es posible que quisiera advertirnos que querían… o quieren matar a alguien —apuntó sensatamente Joey Larsen.

—Seguramente. Tomé la matrícula de ese coche: MAR WT 665.

Saunders hizo una seña a Larsen.

—Localiza ese auto, Joey. Le facilitaremos el trabajo a la policía… Aunque… Bien, parece que esa china no quería hablar con la policía, sino con el FBI.

—Es evidente, señor —musitó Ingram descolgando un teléfono.

—Bueno, nos ocuparemos de eso… ¿Has avisado a la Morgue, Roger?

—Están en camino —asintió Cotter entrando en aquella oficina.

—Tú y Joey os vais a ocupar de esto. Si la chica…

Pete Ingram había dejado de marcar el número y miraba a su jefe con el ceño fruncido.

—¿Y yo? —Gruñó.

—Tenías fiesta hoy, y no veo por qué has de perderla. Si cada vez que…

—Quiero este caso, señor. Por favor.

—Ciertamente, eres el más indicado. Y si a ti no te importa perder tu descanso…

—Gracias, señor.

Volvió a marcar el número.

# CAPÍTULO II

Emma Griffin contemplaba con el ceño fruncido el boceto que casi era ya dibujo definitivo del nuevo modelo para la próxima primavera. No estaba mal, pero quizá sobraba todavía un poquito de ropa. Y el sitio más indicado para quitarla era en el escote… Además, ¿por qué demonios tenía que ponerle lacitos al vestido?

Apartó el papel, tomó otro y reprodujo el boceto con rápidos y habilísimos trazos. En menos de diez segundos apareció el vestido. Sólo que ahora sin los lacitos en los hombros y con un escote algo más abierto y profundo. Así estaba mucho mejor. Pero, desde luego, el vestido tenía que llevar un detalle. Un pequeño detalle nada más, que muy bien podría ser un…

El teléfono.

El timbrazo llegó hasta ella, casi sobresaltándola. Se volvió hacia la puerta de su dormitorio-estudio, que daba al *living* del apartamento. Estuvo tres o cuatro segundos indecisa, fruncido el ceño. No le agradaban las interrupciones en su trabajo; pero lo peor era que las llamadas casi nunca eran para ella. Alguna que otra vez la llamaban de la casa de modas en la cual prestaba sus servicios de diseñadora. Pero era una llamada de cada cien que se recibían en aquel apartamento.

Bien… De todos modos, aquella probabilidad entre cien era digna de ser tenida en cuenta.

Salió del estudio, cruzó el *living* hasta la chimenea puramente decorativa y descolgó el auricular del teléfono azul colocado sobre la repisa. Azul cielo, azul bello, azul vida… Eso decía siempre Maryetta. Maryetta… Mientras se llevaba el auricular al oído Emma Griffin miraba a su alrededor con cierto disgusto: flores y plantas por todas partes; objetos raros, como aquel cuadro colgado pegado

al techo, que simulaba un trozo de cielo con estrellas verdes, luna roja y ángeles de alas enormes. Y muchas flores pintadas de todos los colores. Un cielo muy peculiar, desde luego. En un lado del *living*, en lugar de los muebles confortables había cajas de madera para sentarse y un gran cajón como mesita, sobre el cual se veían botellas vacías, dos de ellas con velitas rojas en su boca. Y unos cuadros bucólicos, tremendamente falsos, carentes de sentido. Y en lugar de una buena alfombra, un par de sacos de arpillera, sucios además… El rincón celestial de una joven *hippy*. Un rincón que parecía propio de un vagabundo, de un desheredado de la fortuna que vive bajo un puente. Y con ese rincón, con tantas flores y plantas por todas partes, y aquel horrible cuadro pegado al techo, toda la armonía del confortable, clásico y moderno *living* quedaba hecha papilla.

—¿Diga?

—¿…?

—No está.

—…

—Ahí, sí, vive aquí, sí. ¿Quién la llama?

—…

—Pues ella no está, le digo. Si quiere algún recado… ¿Cómo?

—¿…?

—El 112 de Crossbay Boulevard. Pero no sé cuándo vendrá ella.

—¿…?

—¿Yo? Una amiga de Maryetta… Vivimos juntas. ¿Por qué?

—¿…?

—¿Conmigo? ¿De qué tenemos que hablar?

—…

—Mire, amigo, tengo mucho trabajo para perder el tiempo en tonterías de Maryetta. Precisamente estaba…

—…

—¿Es algo serio? Lo dudo.

—…

—Bueno… Está bien, venga usted. Pero sólo puedo concederle un par de minutos, a menos que lo que tiene que decirme a mí sea de verdad tan serio e importante.

—¿…?

—Sí, le espero aquí… ¿Cuál es su nombre?

—…

—Pete Ingram… Muy bien, le espero.

Colgó y quedó pensativa. ¿Algo serio relacionado con la alocada Maryetta? Bueno, era bastante más que improbable, pero podía perder dos minutos, sin duda.

Regresó al dormitorio-estudio, se colocó ante el tablero de dibujo nuevamente y se quedó mirando el modelito para primavera. ¿Por dónde iba…? Ah, sí, por el detalle para el vestido. Durante más de cinco minutos estuvo pensando en ello. No era tan fácil como muchos creían aquello de diseñar modelos. Hay quién cree que sólo es necesario saber dibujar, colocarse ante el tablero y hacer un modelo como si tal cosa. Y no. No es así de fácil…

Bien. Ya lo tenía. Quizá una flor de tela de un color vivo, que contrastase con el tono del vestido. Primavera y una flor. Estaba harta de flores. Las veía por todas partes, y Maryetta siempre llevaba algunas en la cabeza…

La puerta.

Ahora llamaban a la puerta. ¿Era posible que el tal Pete Ingram hubiese llegado ya? Bien… Le concedería dos minutos. Ni un segundo más, desde luego.

Fue a la puerta del apartamento, la abrió, expectante el gesto… y comprendió enseguida que se había equivocado. Ante ella tenía a un *hippy* de revueltos cabellos, barba hirsuta que tapaba buena parte de la cicatriz en la mejilla derecha y calzado con sandalias sin calcetines. Pantalones de «denim», jersey negro y un chaquetón de cuero negro con abalorios de colores de estilo indio. Del cuello colgaba una cuerda basta y sucia, de la cual pendía una flor de plata pobre, grande como un puño. Un *hippy*, ciertamente; pero no el tal Pete Ingram.

—Eres tú, Fred… Maryetta no está.

—¿Tampoco aquí? —Pareció disgustarse el tal Fred—. Llevo más de dos horas buscándola. ¿Puedo pasar?

Emma Griffin habría dicho que no de buena gana. Pero, aparte de que el apartamento era tanto de Maryetta como de ella, no podía negar la entrada al novio… o lo que fuese, de su compañera. Luego estaba el hecho de la visita de Pete Ingram. Aunque Fred Weygand tuviese aquella expresión malvada, aquellos diminutos ojos grises y fríos, irónicos, perversos, ya le conocía. Y al tal Ingram, no. De

modo que bueno sería tener compañía. El único inconveniente surgiría si Pete Ingram también tenía algo que ver con Maryetta y se encontraba allí con Fred… Mal asunto.

Decidió no decirle a Fred que estaba esperando a otro hombre que había preguntado por Maryetta. Quizá Fred se fuese antes y se evitaría un lío. Y si no se iba… pues allá ellos.

—Pasa. Estoy trabajando.

Fred entró en el apartamento, mostrando aquella cínica sonrisa que casi atemorizaba a Emma Griffin.

—¿Para qué? —preguntó.

—¿Qué…?

—Te pregunto que para qué trabajas.

—Oh… Bueno, es un vicio tonto de las personas como yo, Fred. No todos somos tan inteligentes como los *hippies.*

—Así está el mundo: trabajo, dinero, ambición, política, guerras, odios, intereses… La felicidad está en…

—Fred, perdona, pero conozco ya ese cuánto. Por mí, los apáticos *hippies* podéis vivir vuestra vida de holganza miserable, protestar por todo y armar trifulcas. Yo prefiero trabajar. ¿Me perdonas…?

—Peor para ti —encogió los hombros el pintoresco Fred.

—Aceptaré con resignación mi destino de animal productor… Hasta luego.

Volvió al estudio y de nuevo se quedó mirando el modelo diseñado. Bueno, lo de la rosa en el vestido no estaba mal, y a fin de cuentas ella no tenía por qué privar de un lindo detalle a un modelito de primavera sólo porque Maryetta fuese una *hippy*…

—¿Hay algo para beber? —Alzó la voz Fred en el *living.*

—En el refrigerador. Te invito.

—No esperaba otra cosa —rió Fred.

Emma Griffin ni siquiera le oyó esta vez. Estaba dibujando la flor. Decididamente, una rosar de tela roja…

Afuera, Fred Weygand caminaba hacia la cocina. Entró en ésta, pero todo lo que hizo fue mirar por la ventana que daba a la escalera de incendios. Probó a abrirla y sonrió siniestramente cuando comprobó que cedía fácilmente; un frío airecillo se coló en la cocina, hasta que volvió a bajar la guillotina.

Se colocó delante del gran refrigerador, todavía con aquella

sonrisa siniestra en su torvo semblante de ojos fríos, acuosos. Lentamente sacó de un bolsillo una larga tira de piel, del grosor de la mitad de un cigarrillo. Piel dura, fuerte, seca y flexible, que crujió suavemente cuando dio un tirón de ambos extremos tras enroscar éstos en sus manos. Retorcidos los labios en una mueca repugnante, Fred Weygand hizo el gesto de quien está tirando de ambos extremos teniendo un cuello humano apresado por la tira de piel.

Luego miró hacia el *living*.

—Emma —llamó—: no puedo abrir el refrigerador.

—Tira con fuerza…

—Lo he intentado, pero no cede… Temo romper algo… Por favor, ven a ver si tú sabes cómo abrirlo sin estropear nada…

—Fred, no fastidies más; estoy ocupada —dijo Emma.

—Te lo ruego… No quiero romper nada.

Se oyó el suspiro de Emma Griffin. Luego, el suave rumor de sus pisadas hacia la cocina. Fred Weygand se colocó detrás de la puerta, listas las manos, preparada la tira de cuero. La mano derecha, sobre el corazón; la izquierda, alejada del cuerpo todo lo que daba de sí la tira de piel… Para apresar un cuello con ella sólo tendría que poner la mano derecha en la nuca de Emma Griffin, mientras la izquierda, velozmente, pasaba por encima de la cabeza de la muchacha, luego por encima de la mano derecha y regresaba hacia la izquierda, de modo que sólo tendría entonces que separar las manos con fuerza para que el mortal nudo se apretase fuertemente…

Las pisadas de Emma Griffin se oían ya cruzando el *living*, muy cerca de la cocina. Fred Weygand alzó un poco las manos cerradas, crispadas, calculando la altura del cuello de la muchacha. En su rostro, una mueca fría ahora. Fría, cruel, despiadada…

Los pasos de Emma Griffin se oían ya casi en el umbral de la cocina, y Fred Weygand se tensó, alerta, brillantes los ojos…

El timbrazo le estremeció. Los pasos de Emma Griffin se detuvieron casi en el umbral de la cocina.

—Vaya por Dios… Hoy no podré trabajar, está visto.

Fred Weygand guardó rápidamente la tira de piel en un bolsillo y salió de detrás de la puerta, casi tropezando con la muchacha, que respingó y le miró sobresaltada.

—Me has asustado… ¿Qué hacías detrás de la puerta?

—Pensaba darte un susto —rió el *hippy*.

Emma se quedó mirando aquellos ojos grises, pequeños, malignos… No. No le gustaba Fred ni una pizca así. Tenía ojos de mala persona. Pero si a Maryetta le gustaba, allá ella.

—Es una broma estúpida —rezongó Emma Griffin—. A ver esa puerta. Están llamando…

La abrió con toda facilidad, normalmente. Luego se quedó mirando a Fred Weygand con el ceño fruncido.

—Tú y tus bromas tontas… Bebe lo que quieras y piensa que eso vale dinero… que gano yo. Espero que eso me disculpe ante tus ojos por no ser una *hippy*.

Fred alzó los dorados cabellos de Emma, burlonamente, mirándola con molesta intensidad a los ojos.

—Serías una bellísima *hippy*, Emma… Muy bella…

—Tengo que abrir —musitó ella escapando rápidamente.

Salió de la cocina notando una profunda sensación de disgusto, de inquietud a la vez. De nuevo estaba sonando el timbre… Otro chico de largos cabellos, flores en la cabeza, barba de varias semanas, sucio, gandul, descarado… Estaba harta de *hippies*. A la menor oportunidad se iría de aquel apartamento Allá se las compusieran Maryetta y sus desagradables amigos… o lo que fuesen.

Abrió la puerta con el ceño fruncido, ya preparada para la desagradable visión… y se quedó boquiabierta. ¿Era una alucinación, un espejismo, un sueño maravilloso…?

Nada de eso. Era una realidad. Afortunadamente, todavía quedaban hombres como aquel que tenía delante: seis pies de estatura, hombros anchos, rostro enérgico y perfectamente rasurado, gesto viril y casi simpático, con ojos de mirada directa, inteligente, inquisitiva… Bien vestido, con seriedad y buen gusto, manos grandes y limpias, actitud cortés, limpios los zapatos, bien anudada la corbata… Alto, guapo, simpático, inteligente… Bueno, de todos modos quizá era un sueño.

—¿Qué desea…? —musitó al fin Emma.

# CAPÍTULO III

Pete Ingram se había quedado poco menos que patitieso. Había esperado encontrar a un chica de cabellos largos, despeinados, con flores y demás zarandajas por la cabeza, con minifalda o algo así, botas de lo más raro o descalza, jersey grueso, chaquetón de espesos brocados o bordados, actitud lánguida, mirada insinuante…

Y en su lugar, se encontraba con una muchacha de poco más de veinte años, con carita de ángel rubio, ojos verdiazules, boquita sonrosada y suavemente maquillada… Muy bien peinados los cabellos cortos, elegantes sus pantuflas, finísimas sus medias, espléndida con su… bata, o algo parecido, bajo la cual se adivinaba un cuerpo espléndido, sin languideces ni descuidos en la forma. Bonitas sus manos blancas, sus mejillas tersas, su boquita sonrosada, sus ojos brillantes y grandes… De *hippy*, nada…

—Soy… soy Pete Ingram, señorita… ¿Es usted…?

—Sí… Soy Emma Griffin, la compañera de apartamento de Maryetta… ¿No quiere pasar, señor Ingram?

—Muchas gracias.

El policía entró y se quedó mirando a Fred Weygand, que salía de la cocina bebiendo directamente de una botella de cerveza. Miró interrogante a Emma, pero ella, obviamente, no pensaba hacer presentación alguna. Cerró la puerta y se quedó mirando al recién llegado.

—Usted dirá, señor Ingram.

—Sí… Esto… Le agradecería que me indicase algún familiar de su compañera…

—No tiene ninguno. Vive su vida, a solas… Más o menos a solas, quiero decir.

Fred se había sentado en una de las cajas que servían de sillas,

en el rincón *hippy* del apartamento. El agente parecía un poco asombrado ante aquélla mezcla de «estilos», la abundancia de flores y plantas… Vio el cuadro encima suyo, y se quedó mirándolo boquiabierto un par de segundos.

—Mmm… El caso es, señorita Griffin, que ha ocurrido un accidente y sería conveniente encontrar a alguien que se encargase de… de todo esto.

Emma se mordió un instante los labios.

—¿Le ha ocurrido algo a Maryetta? —exclamó.

—Me temo que sí.

—¿Está… malherida?

Pete no contestó. Se quedó mirando fijamente a la muchacha, que no tuvo más remedio que comprender la verdad. Se dejó caer en uno de los sillones «normales» que había en el *living*, pálida.

—Dios mío…

Fred Weygand se puso en pie y se acercó hasta encararse con Ingram, mirándolo hoscamente.

—¿Está usted diciendo que Maryetta ha muerto? —Gruñó.

—Así es.

Fred frunció aún más el ceño. Parecía muy sombrío, impresionado. Volvió a su asiento y bebió de la botella hasta terminar la cerveza. Emma captó la mirada un tanto severa que le dirigía el policía.

—Él es… era su novio, señor Ingram. Estaba esperándola aquí, porque dice… que no la encontraba en ningún sitio. Se llama Fred Weygand.

Ingram asintió con la cabeza.

—Fue atropellada por un auto… —dijo—. Murió instantáneamente. En estos momentos debe estar en la Morgue, o en camino. Supongo que será una molestia para ustedes, pero, puesto que no tiene familiares, les agradecería que la identificasen. Tengo el coche abajo.

—¿Es usted de la Policía? —mascculló Fred.

—Exactamente, señor Weygand.

—Claro…

—La señorita… ¿Cuál era su apellido?

—Dormán… —musitó Emma—, Maryetta Dormán.

—Gracias. La señorita Dormán fue atropellada delante mismo

del P. D., casualmente cerca de mí, de modo que no vi obstáculo alguno para hacer estos pequeños trámites.

—¿Usted presenció el accidente?

—No… —mintió el agente—. Sólo vi a la muchacha tendida en el suelo, oí los gritos… El conductor del auto escapó.

—Pero tendrán su matrícula o algo…

—Algunos testigos están siendo interrogados. Es más que posible que consigamos esa matrícula. Yo… lamento mucho haberles traído tan mala noticia, pero creo que ahora tenemos que seguir el curso de… los acontecimientos. ¿Quieren venir a identificarla, por favor? Luego les haremos algunas preguntas sobre ella, para cerrar el informe o para su resolución definitiva.

—Estaré lista en un minuto —dijo Emma.

Se puso en pie y entró en el dormitorio, quitándose la bata por el camino. Con lo cual, Pete Ingram se impresionó: había calculado mal la perfección de aquel cuerpo. Con la ceñida falda negra y el jersey azulino sin mangas, la silueta de Emma Griffin destacaba todavía más, de un modo… palpitante, bello, turgente, cálido. La puerta ocultó a la muchacha, y el detective volvió sus ojos hacia Weygand. No le gustó la expresión que vio en ellos tras la contemplación de la figura de Emma Griffin, pero se mantuvo impasible, frío y correcto.

—¿Para qué buscaba usted a Maryetta, señor Weygand?

Fred lo miró asombrado.

—¿Para qué? Pues para nada… Para estar juntos, como todos los días… Bailar, charlar, pasear… Era mi novia, ya lo sabe.

—Sí… Lo sé. ¿Qué puede decirme sobre ella?

Fred Weygand pareció desconcertado.

—¿Sobre Maryetta? Nada… Bueno, éramos novios, nos amábamos… Eso es todo. Nos conocimos hace un par de semanas en el *Hippie* Home, nos miramos, empezamos a charlar… Ya está.

—¿Eso es todo lo que sabe de ella? ¿Nunca le habló de si tenía familia, por ejemplo?

—Le he dicho todo lo que sé. No podría decir nada más, señor Ingram. Pero Emma sí debe saber muchas cosas sobre Maryetta. Hacía tiempo que vivían juntas, según entendí. Si tiene familia… Si tenía familia, quiero decir, Emma es la única persona que podría saberlo. Allá, en el *Hippie* Home, nunca preguntamos esas cosas:

vivimos nuestra vida sin ocupamos de nada más. Sólo queremos amor, paz y felicidad.

Pete Ingram frunció el ceño. Pareció a punto de decir algo un tanto agrio, pero optó por callar.

Emma salía en aquel momento de su dormitorio-estudio, poniéndose un ligero abrigo. Se había puesto zapatos de tacón alto, y como consecuencia, había mejorado notablemente la belleza de sus piernas, que Pete procuró no mirar.

—Cuando guste, señor Ingram.

# CAPÍTULO IV

Fred Weygand continuaba mirando el cadáver, como hipnotizado, mientras el médico de turno en el Depósito mantenía alzado el blanco sudario. Pero Emma Griffin se apartó muy pronto de aquel cajón metálico que había sido estirado hacia afuera por la mano del médico. Había notado aquel soplo de aire frío, aquella opresión en el pecho… Luego, al ver el lívido rostro casi de niña de Maryetta, sintió una congoja tal que Pete se dio cuenta con un solo vistazo, y decidió apartarla de allí, rodeando sus hombros con un brazo.

Salieron del Depósito, y Pete llamó a un hombre que estaba fumando ante una puerta de cristales, vestido con bata blanca.

—¿Tienes algo de café, Prost?

—Seguro que sí. En mi cubil. Os serviré —Prost captó la mirada de Pete y supo rectificar rápidamente—. Ahora recuerdo que tengo que hacer algo en el «frigorífico». Servíos, Ingram.

—Gracias. Dile al inspector Saunders que me esperen unos minutos.

—Bien.

Entraron en la oficina de Prost y Pete dejó a Emma Griffin sentada en una silla de rígido respaldo, incomodísima, pintada de blanco. Vio la cafetera eléctrica enchufada sobre una repisa ancha de mármol, en un rincón, y tras comprobar que el café estaba caliente, tomó una taza de un pequeño armario, la llenó y la colocó en la mesa, ante Emma.

—Beba. Caliente, espeso y sin azúcar. Le sentará bien.

—Gracias…

Ingram se sentó delante de la muchacha, en el borde de la mesa. Segundos después se sorprendió a sí mismo sonriendo suavemente, y frunció el ceño al darse cuenta de que era aquella linda y asustada

mujercita quien le impulsaba a ello, de un modo insensible… Ella bebió el café casi con prisas, y el agente volvió a sonreír. Todavía estaba sonriendo, cuando ella lo miró, de pronto, un poco recobrado el color de su rostro.

—Está… destrozada —gimió.

—Bastante —admitió Pete—. Fue un atropello en toda regla, señorita Griffin… ¿Se siente mejor?

—Sí… gracias.

—No hay por qué. ¿Cree que está en condiciones de contestarme a algunas preguntas?

—¿Sobre Maryetta?

—Desde luego. Pero si va a sentirse violenta o…

—No, no… Ya estoy bien. Ha sido… el momento de verla… Es ella, desde luego.

—¿La conocía usted mucho? ¿Muy a fondo?

—Creo que sí. En realidad, Maryetta era… una infeliz.

—¿Una infeliz? —Arqueó las cejas Ingram.

—Sí… Una buena chica, quiero decir. Se las daba de *hippy*, gritaba siempre por todo y contra todo, no se peinaba, comía sobre una caja vieja, llenó el apartamento de flores… Cosas de ésas. Pero en el fondo era una buena chica. Un poco atolondrada e irresponsable, pero de buenos sentimientos. Cualquiera podía… engañarla.

—Entiendo. Siga, por favor… ¿Cuánto tiempo llevaban ustedes viviendo juntas?

—Un par de años.

—Emm… Bueno, a mí me ha parecido que usted no está muy… conforme con todo eso de los *hippies*, sus costumbres, su sistema de vida… ¿Por qué aceptó convivir con ella, entonces?

—Oh, Maryetta no era así antes… Hace un par de meses se me presentó en el apartamento, vestida de un modo que al principio casi me divirtió, e incluso me dio alguna idea para mis diseños… Soy diseñadora de modas.

—Interesante profesión… —sonrió Pete—. ¿Qué pasó hace un par de meses?

—Ella, Maryetta, se presentó con una indumentaria rara, flores en la cabeza, unos cascabeles colgando del cuello, unas botas horribles, y cosas así… Primero me lo tomé como una broma, pero

comprendí que iba en serio cuando trajo el cuadro y lo clavó en el techo, y lo llenó todo de flores… No se peinaba nunca, no se bañaba… Un día movió los muebles del *living* y colocó unas cajas, botellas con velas… No se me ocurrió que estaba loca, porque ya he leído muchas cosas sobre los *hippies*. Pero le llamé la atención. Me dijo que el *living* era de las dos, y que mientras yo no tuviese molestias en mi dormitorio, ella tenía derecho a la mitad de todo lo demás. De modo que tuve que aceptar la situación… Y así estaban las cosas, esperando yo el momento de mudarme a otro sitio. No me gustaban los amigos que recibía a veces… Llegaban quince o veinte, se sentaban en el suelo, charlaban, oían música, se besaban…

—Entiendo, señorita Griffin. Dígame: ¿usted opinaría que Maryetta tenía enemigos?

La muchacha miró asombradísima al
*G-man.*

—¡Desde luego que no! —exclamó.

—¿Por qué está tan segura?

—Pues… Bueno, esos muchachos son pacíficos, abúlicos, gandules… No dan importancia a nada. Yo creo que ni siquiera harían el esfuerzo de crearse enemigos. Prefieren olvidar a una persona a sentir animosidad contra ella. Sólo quieren no hacer nada… Pensar, charlar, amar… Eso es todo.

—¿Tampoco tenía familia la señorita Dormán?

—No. No tenía a nadie.

—¿Qué es el *Hippie* Home? Bueno, entiendo que es el Hogar del *Hippie*, claro, pero… ¿qué hay allí exactamente?

—No he estado nunca. Pero, por lo que Maryetta me contaba en ocasiones, deduzco que es un tugurio miserable donde se reúnen los… amantes de la paz y el amor. Una especie de bar-taberna-club, donde se reúnen los *hippies*. Siempre hay muchos allí, entiendo.

—¿Y todos ellos amigos de Maryetta?

—Claro…

—¿No se le ocurre ningún motivo por el que alguna persona quisiera hacer daño a Maryetta? Celos, envidia, odio…

—No. Señor Ingram… ¿por qué me hace esas preguntas? ¿Qué está tratando de… de decir o demostrar…? Tengo la impresión de que usted me está ocultando algo.

—Sólo mi admiración —sonrió Pete.

—¿Su…? —Emma parpadeó, un poco turbada—. ¿Por qué?

—Bueno… —carraspeó el detective—. Es evidente, señorita Griffin: usted es muy… Esto… Bien… Creo que será mejor que prosigamos esta… entrevista en otro momento. Oh, una última pregunta, por favor: ¿Lamenta usted que Maryetta haya muerto?

—Sí… No voy a decir, hipócritamente, que me muero de dolor, pero lo siento sinceramente.

—Muchas gracias por su información. La llevaré a su apartamento… ¿Tiene usted coche, señorita Griffin?

—Sí. Un pequeño…

—¿Qué matrícula tiene?

—MAR AS 893… —Emma volvió a parpadear antes de dejar su mirada verdiazul fija en los oscuros ojos del federal—. Hay algo extraño en todo esto… ¿No es cierto, señor Ingram? La muerte de Maryetta, la intervención de ustedes…

—No piense cosas raras —sonrió Pete.

—No son cosas raras… Usted me ha preguntado la matrícula de mi coche… ¿Ha pensado en algún momento que pudo ser el que atropelló a Maryetta?

—Si la matrícula es la que me ha dicho, no fue su coche, evidentemente.

—Pero usted ha pensado que pudo serlo… Que pudo ser mi coche, que quizá pude ser yo misma quien lo conducía… —La muchacha miraba horrorizada al agente—. Usted… es un sádico, señor Ingram.

—Por favor, señorita Griffin… —Enrojeció Pete.

—La atropellaron y… y ahora usted… usted pretende encontrar un culpable. Un culpable de asesinato, ya que si hubiese sido yo, parecería que el atropello había sido premeditado… ¿Fue así, señor Ingram?

El aludido se incorporó de la mesa.

—La llevaré a su apartamento —farfulló.

Abrió la puerta de la oficina de Prost. Emma estuvo unos segundos mirándolo fijamente. Por fin, se puso en pie y salió al pasillo. Allí estaban esperando Fred Weygand, el inspector-jefe Saunders y Dan Power.

—¿Se sabe algo de Joey? —preguntó Pete.

—Todavía no.

—Bien… Iré a devolver a la señorita Griffin a su apartamento, señor. Mañana, si viene al caso, podremos hacerle más preguntas… a menos que ella se niegue a colaborar.

—No tengo por qué hacerlo, señor Ingram.

—Magnífico. ¿Y usted, Weygand?

—Ya le dije todo lo que sé, pero puede venir a preguntarme lo que quiera en cualquier momento. Casi siempre me encontrará en el *Hippie* Home.

—Lo llevaré allí ahora… —musitó Pete—. ¿O prefiere ir a otra parte?

—No… Tengo que comunicar la noticia a los compañeros.

—Claro… Bien. Dejaremos a la señorita Griffin en su apartamento y luego a usted en el *Hippie* Home. ¿Vamos? —Miró a Saunders—. Si Joey no me llama, volveré al Departamento, señor.

—Está bien, Pete. Dan y yo te esperamos allí.

Un minuto más tarde, el detective ponía en marcha su coche. Weygand se había sentado junto a él, en el asiento delantero, y Emma, sola, en el de atrás. Pete veía los ojos de la muchacha fijos en los suyos cada vez que la miraba por el retrovisor…

—Estaba hermosa, ¿no es cierto? —comentó de pronto Weygand.

—¿Quién? —Respingó el policía.

—Maryetta. Tan dulce el rostro, tan infantil… Parecía dormida en el sueño eterno de la paz.

Pete miró de reojo al *hippy*.

—Usted está loco —masculló, sin querer contenerse.

—¿Loco? ¿Acaso no acepta usted la hermosura de una muerte trágica? Es cierto que amaba a Maryetta, y que siento… un desconsuelo considerable, pero… ¡estaba tan hermosa! Los labios tan…

De no haber sonado el zumbido en aquel momento, Pete le habría ordenado a Weygand que callase, pues por el espejo retrovisor veía el rostro de Emma, lívido, desencajado, como una mancha blanca en la oscuridad relativa del asiento de atrás.

La llamada a la radio de bolsillo del agente cortó una situación que se hacía desagradable. El detective sacó el aparato de su bolsillo interior y admitió la llamada.

—Pete Ingram —dijo.

—Soy Joey, Pete. Encontré el nombre del propietario del auto matrícula MAR WT 665. Se llama John Blossom, y vive en el sesenta y ocho de Durham Street, casi en el cruce con Edmondson Avenue.

—*Okay*, Joey. Procuraré estar ahí lo más pronto posible. Tengo todavía un par de pequeñas cosas por hacer.

—¿Me adelanto?

—No. Es decir, ve allá, pero no subas al apartamento…

—Es una casita de dos pisos.

—Bueno… Pues no entres. Quisiera estar presente desde el primer momento. Espérame fuera.

—Vale. Hasta luego.

—Voy volando.

Pete Ingram guardó la radio y se aplicó de nuevo, con toda su atención, al volante. Emma Griffin continuaba mirándole por el retrovisor, y Fred Weygand se había vuelto descaradamente hacia él, mirándole de aquel modo fijo, desagradable, entre irónico y cruel.

—¿De manera que tienen al tipo? —sonrió fríamente.

—Eso parece.

—Le van a dar un buen susto… —Casi rió Weygand—. ¡Poco se imagina él que tiene tras sus huellas a la Policía! Lo va a pasar francamente mal, imagino.

—Solamente tendrá que aceptar la responsabilidad de su acto —replicó secamente Pete.

—¿La cárcel?

—Supongo que eso será suficiente.

—Bueno… La cárcel no es tan mala, me imagino. Allá se está tranquilo, no le molestan a uno, tiene tiempo para pensar… Creo que todos deberíamos pasar una temporadita en ese «hotel de lujo», como decían los *gangsters* de los años treinta.

Pete Ingram miró aviesamente a Weygand.

—Si tantas ganas tiene de estar allá, Weygand, haga alguna cosilla fea y yo le haré con mucho gusto el favor de enviarle a ese «hotel de lujo».

—No lo paso mal en la calle… —rió Fred—. Supongo que es porque en nuestra profesión únicamente tejemos oportunidad de tratar con gente de mala condición moral.

—Señor Ingram —dijo de pronto Emma.

—¿Sí, señorita Griffin?

—Usted tiene que ir a Durham Street y eso queda muy apartado de mi apartamento. Puede dejarme aquí mismo.

—No, no… Le dije que la llevaría a su…

—Es innecesario. Me apearé aquí, cenaré cualquier cosa en un *snack* y volveré en taxi a mi apartamento. No quiero estorbarle en su trabajo.

—Le aseguro…

—Prefiero apearme. Tengo ganas de pasear un poco al aire libre. Por favor, señor Ingram.

—Bien… Como quiera.

Detuvo el coche junto al bordillo y la muchacha se apeó, en silencio, sin darle tiempo a abrirle la portezuela o ejercer cualquier otra cortesía con ella. En realidad, ella ni siquiera se despidió. Apenas el coche se hubo detenido, salió y se alejó, con su pasito alegre y gracioso.

—Se ha impresionado demasiado… —sonrió Weygand—. ¿Qué pudo usted decirle en aquel reservado, señor Ingram?

—No era un reservado, Weygand —mascullé Pete—, sino una oficina de un amigo en la cual había café. Le agradeceré que guarde sus… ingeniosas mordacidades para sus amigos *hippies*. Yo no sé valorarlas en su justo término. Lo siento. ¿Usted no quiere apearse?

Se quedó mirándolo fijamente. Weygand se acomodó placenteramente en el mullido asiento.

—Pasará usted a menos de dos manzanas de donde está el *Hippie* Home, según calculo… ¿Le molestaría llevarme?

—De ninguna manera. Es más: le dejaré delante mismo del estupendo hogar para *hippies*. Yendo en auto no viene de un par de manzanas de camino, ¿no cree?

—Es usted formidable. Adelante.

* * *

—Según parece, ahí está su paraíso, Weygand.

—Supongo que a usted no se lo parecería. Pero ¿qué quiere? ¡Así somos los *hippies*! Muchas gracias por traerme. Y si alguna vez decide convertirse en un ser humano aceptable, nosotros le recibiremos con mucho gusto, señor Ingram.

Pete estaba mirando la media fachada del *Hippie* Home. Media,

porque la mitad inferior desaparecía escaleras abajo, hacia el sótano donde estaba el club, señalado por flechas de luces intermitentes de colores. La fachada era sucia y deslucida, triste, casi húmeda. De ninguna manera parecía aquél un lugar confortable, alegre o feliz. Ni mucho menos divertido. Claro que a veces, las cosas cambian en el interior de una casa de triste aspecto. Apoyados los riñones en la barandilla de la escalera que descendía paralela a la fachada, había dos muchachos y tres chicas muy jóvenes que los miraban con amable curiosidad. Estaba claro que les importaba un pimiento todo lo que ocurría, pero los miraban. Tenían ojos, y por tanto, miraban. Uno de los muchachos llevaba una increíble capa que le llegaba hasta los pies; una capa negra, con dibujos de todos los colores, algunos de los cuales eran fosforescentes. Desde luego, sus cerebros no debían funcionar del todo bien.

—Creo que ya soy un ser humano aceptable, Weygand. Y útil a mis semejantes. Pero si decido convertirme en un parásito molesto para la sociedad, vendré al *Hippie* Home… después de dejarme la barba tres o cuatro semanas, claro.

Fred Weygand se limitó a reír quedamente. Se apeó, saludó con la mano al federal, y éste se alejó en el coche. Verdaderamente, Durham Street no quedaba muy lejos.

# CAPÍTULO V

Joey Larsen apareció junto a él cuando apenas había tenido tiempo de apearse del coche.

—Ahí tienes la casa, Pete.

Ingram asintió con la cabeza, mirándola con atención. Tenía dos pisos y parecía un lugar confortable y serio, donde una familia decente podía vivir muy a gusto, satisfechos de la vida. Había jardín y se veían sobre el césped las hojas caídas de los altos plátanos. Se veía luz en dos de las ventanas, a la izquierda de la puerta.

Les abrió un hombre de poco más de cuarenta años. Ni siquiera debía llegar a los cuarenta y cinco. Alto, recio, fuerte, de rostro firme, inteligente, serio, grave. Uno de esos rostros de hombre que inspiran confianza apenas verlo.

—¿Señor Blossom? —preguntó Pete.

—Yo soy. ¿Qué se les ofrece?

Llevaba un bonito batín, que debía ser muy cálido, y unas pantuflas de buen paño. Fumaba en pipa, que sostenía en la mano izquierda. En la derecha, un periódico. Un ambiente hogareño, sin duda.

Pete Ingram mostró su placa y su tarjeta de identidad, contenidas ambas en el breve estuche de piel.

—Soy Pete Ingram, del P. D. Quisiera hacerle algunas preguntas, si me lo permite.

El hombre palideció. De un modo total, absoluto. Su rostro quedó completamente blanco, y se notó con toda claridad el estremecimiento que agitó su cuerpo robusto, casi atlético.

—Pasen —musitó.

Entraron. Pete señaló a su compañero.

—Él es Joey Larsen, también agente.

—Sí… Claro… —se saludaron con un leve movimiento de cabeza—. Pasen al *living*, por favor. ¿Quieren… tomar algo?

—Lo haríamos con gusto, señor Blossom, pero estamos de servicio.

—Sí, entiendo… ¿Quieren sentarse?

Señaló un par de sillones. Él se sentó en el sofá. Todavía estaba pálido, demudado. Era la clásica e inconfundible actitud de quien teme algo por parte de la ley, no cabían dudas. Hubo unos segundos de tenso silencio, que se habría convertido realmente en molesto si no hubiese aparecido la mujer. Todavía muy bonita, con sus escasos cuarenta años. Llevaba el cabello teñido de rubio, pero eso, ciertamente, no tenía la menor importancia. Se quedó mirando a Blossom, que señaló con un débil gesto a los policías.

—Son del Police Department, Cecily.

La mujer también palideció. Se mordió los labios, fue hasta el sofá y se dejó caer, como anonadada, junto a su esposo. Pete Ingram tuvo que carraspear, dado lo forzado de la situación.

—Emmm… Usted tiene coche, sin duda, señor Blossom —dijo.

—Sí… Un coche algo viejo…

—¿Su matrícula es MAR WT 665?

—Sí… Ésa es. ¿Por…?

—¡Lo sabía! —exclamó la mujer—. ¡Sabía que tenía que ocurrir algo un día u otro!

Los tres hombres quedaron sorprendidos. Pero mucho más los agentes.

—Perdón, señora… No comprendo…

—¿Qué ha hecho esta vez? —Casi lloró la mujer.

—Mmmm… ¿Quién, señora?

—¡Johnny! Nuestro hijo… ¿Qué ha hecho?

—Bueno… No conocemos a su hijo, señora. Nosotros hemos venido para preguntarles por su coche. Es la matrícula que nos interesa… Señor Blossom: ¿puede usted decimos dónde estaba a las seis de esta tarde?

—En casa —musitó el hombre.

—¿Aquí?

—Sí.

—Bien… Sin embargo, su coche no estaba aquí. Perdone mi seguridad, pero es que yo personalmente lo vi delante mismo de

nuestro Departamento. No se trata, pues, de falsos informes, o cosas parecidas, sino de una seguridad plena y consciente. Y estoy seguro de no equivocarme. Lo siento.

—¿Qué… qué ha ocurrido? —gimió la mujer.

—Primero, señora, quisiéramos que su esposo nos explique esta… anormalidad cronológica. Si el coche estaba aquí a las seis, no podía estar frente al P. D. ¿Se les ocurre alguna explicación… convincente?

—Yo llegué de mi trabajo a las cinco y media —musitó Blossom —. Encerré el coche en el garaje, entré en la casa… y aquí estoy. Es todo lo que puedo decirle, señor Ingram.

—¿Prestó el coche a alguien, quizá?

Los Blossom se miraron. Ella rompió a llorar, de pronto. John Blossom, que durante unos segundos había recobrado el color de su rostro, volvió a palidecer.

—Johnny se lo llevó… Lo hace muchas veces.

—¿Su hijo? —susurró Pete.

—Sí… Sí, nuestro hijo…

—¿Dónde está él ahora, señor Blossom?

—No sé… Por ahí.

—Ya tiene casi veinte años… Él vive… su vida.

Pete asintió sombríamente. Estaba ya viendo el triste panorama en toda su extensión.

—¿Es un *hippy*? —preguntó.

—Un loco… —Tembló la voz de Blossom—. Un loco, eso es lo que es mi hijo, señor Ingram. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Bueno… Quisiera hablar con el muchacho, si eso es posible. ¿Dónde creen que podría hallarlo? ¿En el *Hippie* Home, quizá?

—Es posible… —admitió lúgubremente John Blossom—. ¿No podemos saber lo que ocurre, señor Ingram?

—Pues… mucho me temo que su hijo está en un apuro. A las seis de esta tarde, frente al P. D., un coche matrícula MAR WT ha atropellado a una muchacha llamada Maryetta Dormán… Ella ha muerto, señor Blossom… ¿La conocían ustedes? Era una *hippy* también.

La señora Blossom arreció en su llanto. Su marido le pasó un brazo por los hombros, intentando consolarla.

—No conocemos a los amigos actuales de Johnny —dijo

roncamente.

—El coche se dio a la fuga… Bueno, lo hizo el conductor, es evidente. Quiero decir que el conductor no mostró el menor deseo de auxiliar a la víctima. Es más: el atropello me pareció… intencionado. Lamento tener que decirles esto.

—¡No! —gritó la señora Blossom—. ¡Johnny no ha podido hacer eso! ¡No!

—Lo vi con mis propios ojos, señora… —dijo Pete, en verdad incómodo, violento—. Lo que no pude ver era quién conducía el coche. Por eso, creo que sería conveniente localizar a su hijo. Con toda seguridad, él podrá explicarnos la verdad respecto al coche, por lo menos. Quizá lo prestó a un amigo.

—Sí… ¡Sí! ¡Eso debió ser! ¡Johnny le prestó el…!

—Calla, Cecily… —suplicó Blossom—. Ellos se enterarán de todo, no necesitan tus indicaciones. Lo que sea que haya ocurrido, lo sabrán pronto sin necesidad de tus sugerencias.

—Él no lo ha hecho… ¡No lo ha hecho! —gimió la mujer.

Los agentes se miraron. Pete fue el primero en ponerse en pie, en verdad apesadumbrado. Se dice que de tal hogar surge tal individuo, pero, al menos en este caso, la regla fallaba. Aquél era un hogar normal, amable, recto y honrado. Se podía admitir que en la mayoría de los casos, los *hippies*, los *beatnik* y cosas parecidas, surgían de hogares inestables o deformados por divorcios, desavenencias, inmoralidad paterna y cosas de este estilo. Pero, en aquel caso, todo aquello fallaba. El hogar de los Blossom era agradable y honesto. Y los Blossom parecían excelentes personas. Cosa en la que raramente podían fallar los detectives, acostumbrados a tratar gente de todas las raleas.

—Buscaremos a su hijo, señora Blossom. Pero si él llegase aquí antes de que lo encontremos, por favor, díganle que nos espere… Nosotros iremos llamando de cuando en cuando, para saber si ha regresado. ¿Su coche no estará ahora en el garaje, señor Blossom?

—No lo creo… Pero podemos mirar, si quieren.

—Se lo agradeceríamos… Buenas noches, señora… Y lo siento de veras.

El coche no estaba en el garaje. John Blossom se había recuperado bastante. Parecía ahora más frío, como endurecido.

—Se lo llevó poco después de llegar yo del trabajo… —musitó

—. Lo hace muchas veces. Y casi siempre lo trae con el depósito vacío, o poco menos.

—Usted debería prohibirle utilizar el coche, señor Blossom.

El hombre los miró como sorprendido. De pronto, sonrió… Con la sonrisa que podría asumir la persona a la que le dicen que no debió permitir que le saliese un grano.

—Espero que encuentren a Johnny… —musitó—. Es posible que entonces comprendan muchas cosas. Sólo les diré que si alguna vez tienen un hijo, le rompan la cara cuando lo merezca. Y si él quiere dinero, que lo gane. ¿Creen que esto es una severidad excesiva?

Pete prefirió no contestar. Seguramente, no podría hacerlo con fundamento hasta que tuviese un hijo de casi veinte años.

—Buenas noches, señor Blossom. Y no lo olvide: su hijo deberá esperarnos aquí si regresa antes de que lo encontremos. Vamos, Joey.

# CAPÍTULO VI

—¿Ése es el *Hippie* Home?

—Ajá. Creo que será curioso echar un vistazo a su interior… Vamos allá, Joey. Una cosa es segura, según he estado pensando: alguien quiere matar a alguien, Maryetta Dormán quiso avisarnos, y por eso la mataron… Si encontramos a Johnny Blossom, quizá podamos descubrir a quién tienen proyectado matar.

—¿Pero no dicen que los *hippies* sólo quieren paz y amor?

—Je… Buen chiste, Joey… Buen chiste. Supongo que habrá algunos de ésos. Pero ya sabes lo que ocurre siempre: a la sombra de unos, los otros hacen su juego. Veamos qué tal se está en el ambiente de los pacíficos *hippies.*

Descendieron por la escalera paralela a la fachada. Abajo había una puerta de cristales, que Pete empujó con cierta prevención. No había motivos para ello, al parecer.

Los dos se quedaron contemplando el «espectáculo». No menos de sesenta jóvenes de ambos sexos se hallaban diseminados por el local, lleno de humo, iluminado con velas. No había sillas, ni mesas. Todo lo más, alguna que otra caja de madera, sobre la que se veían botellas. El ambiente era de lo más pacífico. Se veían flores por todas partes, especialmente en las cabezas de chicos y chicas. En un rincón había seis muchachos tocando diversos instrumentos, a medio volumen, y una chica de cabellos rojos, con pantalones largos muy anchos de abajo y un jersey, cantaba lánguidamente, muy despeinada, descalza. Llevaba un collar de flores, a estilo hawaiano. Su barriguita se movía lentamente, de un modo electrizante, subyugante. Cantaba algo del amor natural de las especies y de que todos tenían derecho al amor y a la vida libre…

El mostrador era de madera. Es decir, de tablones, clavados de

cualquier manera. Por las paredes se veían cuadros de hombres y mujeres, la mayoría desnudos. Pero aquello no parecía tener la menor importancia para nadie. La mayoría de los presentes formaban parejas, que se besaban con auténtico entusiasmo, pero sin alborotar. Nadie molestaba a nadie. Había de todo: rubias, morenas, pelirrojas, dos chinas, tres o cuatro negras, varios negros, un japonés… De todo. Y a cual más pintoresco. Desde las chaquetas de brocado a los minijerseys, desde los pantalones largos a la minifalda más estricta. Olía a cerveza, a tabaco, a gente joven… La luz era poco menos que una ilusión. No se veía a cinco pasos otra cosa que las siluetas. A un lado se había formado un corro, en cuyo centro, una muchacha de unos dieciséis años bailaba imitando a la pelirroja. Le tiraban flores, y ella bailaba procurando no pisarlas… Más allá, un muchacho de apenas veinte años llevaba colgando del cuello un gran corazón de madera, en el que había pintado flores de todos los colores sobre el fondo rosado. Cerca de él, una chica llevaba no menos de cien campanillas entre los dos brazos, colgando de brazaletes dorados, seguramente de latón. Junto a ella había un muchacho que se había hecho trenzas en la barba, y de cada trenza colgaba una flor.

Junto a los cuadros evidentemente obscenos, en las paredes, había grandes corazones idealizados, de color rosa y azul…

—Asombroso… —musitó Joey—. ¿Alguna vez habías estado en un sitio como éste, Pete?

—No.

—Parecen pacíficos. Están como cencerros, de eso no cabe duda, pero yo diría que no son peligrosos. Nos han visto, pero no nos hacen el menor caso…

—Allá veo a Fred Weygand. Vamos a… a su «mesa».

Pasaron por entre las docenas de muchachos, sorteándolos; nadie les hacía el menor caso, al parecer. Joey se habría detenido de buena gana para ver hasta dónde podían contener la respiración dos jovencitos que se estaban besando por todo lo grande…

Fred los vio y les hizo señas, llamándolos. Los policías destacaban allá igual que dos gorilas destacarían entre un montón de niños blancos recién nacidos. O viceversa. Fred les señaló el suelo, junto a él, y los dos se sentaron.

—Hola… —sonrió el *hippy*—. ¿Están de nuestra parte?

—¿Qué parte? —Gruñó Joey.

—La parte de la vida feliz, del amor, de la serenidad…

—Weygand, déjese de cuentos chinos… —cortó bruscamente Pete—. Estarnos buscando a Johnny Blossom. ¿Lo conoce?

—Mmm… Si. Ciertamente, sí. Es un gran muchacho.

—¿Está aquí?

—Seguramente.

—Hágame un favor. Vaya a buscarlo y tráigalo.

—Bueno… El quizá tiene otras cosas mejores que hacer que escucharle a usted, señor Ingram.

—Tráigalo, Weygand. O yo voy a hacer lo posible por buscarles dificultades a ustedes. De momento, quizá podría arreglármelas para cerrar este local.

Fred Weygand frunció el ceño. Acabó encogiendo los hombros. Se puso en pie y se alejó, caminando lentamente por entre los contertulios del *Hippie* Home. Con Fred Weygand habían formado grupo tres chicas y un muchacho negro, de rostro simpático. Una, se quedó mirando un tanto disgustada a Pete Ingram. La tercera se deslizó hasta quedar pegada a Joey Larsen.

—Hola, bárbaro —dijo.

—¿Qué? —Casi gritó Larsen, que no oía debido a la orquesta.

Pero justo entonces la muchacha pelirroja dejó de contorsionarse, dando por terminada su perorata susurrada en favor de la paz, del amor y de la felicidad a la que todos tenemos derecho.

—Hola, bárbaro… —repitió ella—. ¿Te gusto?

—Esto… Bueno, más bien sí…

Era morenita, con unos grandes ojos oscuros que brillaban intensamente. Su boquita era un dibujo en forma de corazón. Llevaba una faldita de piel, mocasines indios, y una especie de túnica hindú, blanquísima. De lo más raro.

Cogió una flor de su cabeza y se la colocó a Larsen en los cabellos, sonriendo amablemente. Luego, antes de que el *G-man* pudiera hacer lo más mínimo para impedirlo, lo besó en los labios. Tan de sorpresa, que cuando Joey Larsen vino a darse cuenta, ella ya había quitado su boquita de la suya, y lo miraba cariñosamente.

—Me llamo Loretta. ¿Y tú?

—Joey.

—Joey… —reflexionó ella—. No me gusta el nombre. Te llamaré Augustus… ¿De acuerdo?

—De acuerdo… —admitió tranquilamente Joey Larsen—. Si eso te hace feliz…

—Todo puede hacerme feliz… Si deseo una cosa y la tengo, ya soy feliz… ¿Tú deseas algo esta noche?

—Creo que comería a gusto un poco de pavo asado. Todavía falta un poco para Navidad, de modo que me gustaría comer pavo asado…

Ella rió. Le echó los brazos al cuello.

—Cosas materiales… —susurró—. ¿No desearías… algo menos… tangible? ¿Un suspiro, una promesa de amor, un beso?

De pronto se quitó del cuello los brazos de la muchacha y lanzó un resoplido.

—Pete —mascullió—: te espero afuera.

—Está bien —aceptó Ingram.

Larsen se puso en pie, pero cuando iba a alejarse, algo le sujetó por los bajos de los pantalones. Se volvió un poco irritado, creyendo que sería la generosa Loretta, pero se encontró con la burlona sonrisa de su compañero.

—Si vas a salir a la calle —dijo Pete—, será mejor que te quites esa flor de la cabeza, jovencito feliz.

Larsen la dejó caer en las manos de Loretta y se alejó de allí resoplando. Quedarse, habría significado, quizá, complicarse la vida.

Loretta quedó decepcionada. Luego miró a Pete con ligera irritación, igual que estaba haciendo una de sus compañeras.

—Eres un aguafiestas… —dijo Loretta—. Si tú no hubieses estado aquí, Augustus se habría quedado conmigo. Y esta noche… habríamos visto el mundo de color de rosa, que es como debe ser.

—Lo verás así si te compras unos lentes con cristales de eso color… —dijo sarcásticamente Pete—. Es mejor que busques otra compañía.

—Joey me gusta.

—A mí también —sonrió Pete.

—¡Asqueroso!

El detective encogió los hombros. Estaba viendo a Fred Weygand

acercándose; pero solo. Se puso en pie y lo miró con el ceño fruncido cuando el *hippy* encogió los hombros.

—No está aquí —dijo.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—¿Dónde puede estar?

—No sé… Si no está aquí, no imagino dónde pueda estar… De veras, señor Ingram.

—Está bien. Si viene, dígale que la policía lo está buscando. Que elija entre ir a su propia casa o al Departamento. Y añada que no le favorecerá en absoluto esconderse, que ya lo sabemos todo.

—¿Qué es «todo»?

—Lo del auto de su padre y el atropello de Maryetta. Si se esconde o intenta huir, será peor para él. Ya lo hizo esta tarde y no consiguió nada con ello. Queremos encontrarlo, Weygand… ¿Entiende?

—Se lo diré a Johnny si lo veo.

—Adiós. Sigan disfrutando de la vida… Ah, una cosa: ¿saben todos estos jovencitos lo ocurrido a Maryetta Dormán?

—Desde luego. Se lo dije a todos al llegar. Tuve que parar la orquesta.

—Ya… ¿Qué dijeron?

—Cuando acabé de informarles, la orquesta siguió tocando. Son canciones muy bonitas, baladas melancólicas, sugerencias de verdes campos llenos de flores, de cielos rosados, estrellas enormes…

—Seguramente mañana enterrarán a Maryetta… —dijo fríamente el detective—. Pero no se molesten en acudir. Lo dicho antes: sigan disfrutando de la vida.

Cuando se dirigía hacia la salida, la orquesta iniciaba otra pieza, en verdad melancólica. La chica de los cabellos rojos hablaba, susurraba, más bien, de las flores, del amor…

El agente acabó de subir el tramo de escalera de piedra casi corriendo. Respiró profundamente. Se sentía irritado contra aquel grupo de inconscientes que vivían sin responsabilidad de ninguna clase. De buena gana…

—¡Pete!

Se volvió hacia la izquierda. Joey Larsen estaba allí, en la entrada al callejón lateral que debía tener una puerta de acceso al

*Hippie* Home. Le hacía señas perentorias de llamada, de modo que Ingram se acercó velozmente.

—¿Qué hay?

—Ven.

Casi lo empujó hacia el callejón. Y apenas dados seis u ocho pasos, el policía vio el auto detenido, pegado de lado a la fachada que quedaba más oscura. Se acercó rápidamente a la matrícula y pudo verla al leve resplandor de la avenida: MAR WT 665. El coche de los Blossom.

—Maldita sea… Ese *hippy* idiota me ha engañado… ¡Johnny Blossom está ahí dentro!

Larsen lo cogió de un brazo, llevándolo hacia la trasera del coche. Alzó la cubierta, lanzando hacia el interior del portaequipajes la luz de su pequeña linterna de bolsillo. El círculo amarillento dio de lleno en un rostro humano, crispado. Largos cabellos, barba de varias semanas, todavía juvenil… Un dedo de Joey Larsen apareció en el reducido círculo de luz, señalando la fina tira de piel que apretaba el cuello…

Pero Pete Ingram miraba obsesionado los ojos del joven: estaban muy abiertos, aterrados. Se veía fuera de la boca la lengua, hinchada, amoratada. El gesto de miedo, de agonía, era escalofriante.

—Lo han estrangulado con una tira de piel… —musitó Larsen—. Todavía está un poco caliente. No hace de eso ni media hora, quizá. Apuesto lo que sea a que es Johnny Blossom.

Pete hizo retroceder un poco la linterna de Joey, de modo que el círculo de luz se agrandó. Allá estaba el muchacho, metido de cualquier manera en el portaequipajes del coche matrícula MAR WT 665, el coche asesino. Pantalones de terciopelo, sandalias, bordados en la chaqueta de piel… Tragicómico.

—Seguramente es él… —admitió Pete—. Otro que sabía algo, Joey. Algo respecto a la persona que quieren matar. E igual que Maryetta Dormán, ha sido eliminado. Ve a buscar a Fred Weygand para que nos diga si es realmente Johnny Blossom. Y no te compliques la vida con la bella Loretta, ¿entiendes?

—Sí, hombre —masculló Larsen.

Pete Ingram se quedó con la linterna. Pasó al interior del coche y dio la luz, ayudándose además con la linterna. Vio un par de

flores en el piso del asiento delantero, pero eso fue todo. Seguramente el muchacho había sido estrangulado allí, y luego escondido en el portaequipajes. Se proponían llevárselo, para dejarlo abandonado en cualquier lugar, pero no tuvieron tiempo. Seguramente, Joey y él habían llegado en aquel momento, y el asesino o asesinos habían optado por huir, esperando que se alejasen del *Hippie* Home. Mala suerte para él. Mala suerte que debían agradecer a Loretta, que había impulsado a Larsen a abandonar el local, para evitarse complicaciones…

# CAPÍTULO VII

Fred Weygand llegó acompañado de quince o veinte *hippies* de ambos sexos, y Joey Larsen encogió los hombros cuando Pete le miró furiosamente.

—No he podido evitarlo —gruñó—. El idiota de Weygand lo dijo a todos… Y ahora vendrán más, ya verás.

En efecto. Estaban llegando más *hippies*. En pocos segundos, el coche quedó completamente rodeado por un triple círculo de muchachos silenciosos y tranquilos, expectantes.

—Es Johnny —dijo Weygand.

—¿Está seguro?

—Claro. Y éste es su coche.

Pete Ingram miró hoscamente al *hippy*.

—Usted me oyó hablar por la radio con Joey, cuando lo traía hacia aquí en el coche. Oyó la matrícula del coche de Johnny Blossom… ¿Por qué no me dijo que era de él?

—¿Qué me cuenta a mí de matrículas? —protestó calmosamente Fred Weygand—. Yo conozco el coche de Johnny, pero me importa una gota de lluvia cuál sea la matrícula. Nunca me fijé en ella.

El detective señaló la tira de piel que había estrangulado tan brutalmente al joven *hippy*.

—¿Quién cree que puede haber hecho esto, Weygand?

—Ninguno de nosotros… Oiga, ¿qué es lo que quiere usted? ¿Qué está pensando? ¿Que nos dedicamos a matarnos unos a otros? Primero muere Maryetta y ahora Johnny… ¿Cree que nosotros tenemos algo que ver en esto? Ya supongo que hay algo especial en todo esto, pero le voy a aconsejar que se olvide de los *hippies*, señor Ingram.

—Márchese de aquí… —Gruñó Pete—. Y llévese a sus

compañeros, Weygand. Y otra cosa: quiero verle a usted mañana por la mañana en el Departamento con una lista en la que estén los nombres de «todos» los *hippies* que vienen por aquí, por el *Hippie* Home… ¿Lo ha entendido?

—No sé los nombres de todos —protestó Fred.

—Pues pregúntelos. Eso es todo, Weygand. Lárguense de aquí todos.

—¿Llamo otra ambulancia? —murmuró Larsen.

—No. Tú te encargarás de llevar al muchacho a la Morgue.

—Bien. ¿Y tú?

—Iré a avisar a los padres. ¡Por todos los demonios, tendría que haber un grupo especial para trabajitos de esta clase!

—¿Quieres que vaya yo, y tú llevas a…?

—No… No, no, Joey. Ve para allá. Yo iré en el coche del servicio a recoger a los Blossom, y los llevaré a la Morgue. En marcha.

—Hasta luego.

Larsen se metió en el coche de los Blossom. Las llaves estaban en el contacto, de modo que no hubo ninguna dificultad. Cuando el coche se alejó, un buen número de *hippies* estaban todavía en el callejón, silenciosos, sombríos, pese a su esfuerzo por aparecer serenos e indiferentes.

Pete Ingram comprendió que ya no tenía objeto ordenarles que regresaran a su club, de modo que tras mirar significativamente a Fred Weygand, se dirigió al coche policial, subió y se alejó de allí.

Los *hippies* parecían tomar su marcha como una señal de retirada y fueron volviendo silenciosamente a su redil. Todos, excepto tres. Uno de ellos Fred Weygand, que esperó a quedar solo con los otros dos para señalar hacia la avenida.

—Encargaos de ella ahora.

—Puede ser peligroso. Ese polizonte ya está metido en esto, Fred.

—Él va ahora a casa de los Blossom, ¿no? —masculló Weygand —. Iría yo, pero él se ha fijado en mí de modo especial, y si no entro ahora al Home, es posible que lo supiera más adelante. En cambio, nadie se dará cuenta de que vosotros no estáis.

Lyn y Sammy cambiaron una inquietante mirada.

—Nos hemos complicado la vida… —masculló el primero—.

Para hacer el trabajo que nos encargaron no hacía falta tanto jaleo. Habría bastado una bomba y listo.

—Estás chiflado como si de verdad fueras un *hippy*… —dijo acremente Weygand—. Una bomba, ¿eh? ¿Así de sencillo?

—Reconozco que tu plan es mejor… Pero más complicado.

—Eso impedirá que jamás den con nosotros. Cuando todo termine, sólo tenemos que afeitarnos, vestirnos como personas normales, y largarnos a Miami, por ejemplo. O a París. Podremos utilizar nuestro verdadero nombre, nuestra verdadera cara… ¿Qué te pasa, Lyn? ¿Prefieres hacer las cosas de manera directa?

—No… Desde luego que no. Pero al final estos chiflados sospecharán de nosotros.

—¿Y qué? Para entonces estaremos lejos, y jamás podrían reconocernos, aunque nos viesen. Escuchad los dos… Nosotros íbamos en el coche con Johnny, y le obligamos a hacer lo de Maryetta, ¿no es así? Luego yo estrangulé a Johnny cuando ese *poli* me trajo al Home, y vosotros lo metisteis en el coche y os lo habríais llevado si ellos no hubieran llegado entonces… Pero fui yo quien lo estranguló, ¿no es así? Y lo mismo habría hecho antes con Emma Griffin si ese maldito agente no hubiera llegado entonces… No pudo ser, y ahora resultaría demasiado peligroso que me viesen por allí, o que estos del club me echaran de menos… De modo que tenéis que ir vosotros a liquidar a Emma Griffin. Y pronto.

—Quizá ella no sepa nada…

—¿Cómo podemos estar seguros de ello? Es posible que Maryetta le dijera algo. Si la muy puerca estaba dispuesta a contárselo a la policía, cabe en lo posible que antes le contara algo a Emma.

—Emma lo habría dicho al polizonte…

—Quizá no se acuerda ahora, pero puede recordar algo mañana, o pasado, o dentro de una semana. Un caso de ésos en que uno sabe algo, pero lo tiene olvidado durante años incluso. De pronto, lo recuerda… ¿Por qué correr ese riesgo? Matamos a Maryetta porque iba a contárselo todo a la policía. Hemos matado a Johnny Blossom porque yo supe que habían tomado la matrícula del auto, y porque de todos modos habríamos tenido que hacerlo. Ahora sólo queda Emma Griffin, que quizá sepa algo… ¿Por qué correr riesgos, insisto? Es sólo una vida más… que puede costamos el pellejo a

nosotros.

—Está bien. Vale la pena todo, por un millón de dólares.

—De acuerdo… —aceptó Lyn, brillantes los ojos—. Nos vamos ahora mismo a encargarnos de Emma Griffin.

—Perfecto… —sonrió Weygand—. Haced las cosas bien. Que no os vean subir. Y salid luego por la escalera de incendios… Así lo preparé yo, pero ese maldito federal apareció muy inoportunamente… Volved al *Hippie* Home lo más pronto posible, y entrad discretamente, como si hubierais estado dentro todo el rato… Yo tengo que ir tomando nombres de todos… —sonrió—. Esto es graciosísimo: nada menos que yo ayudando a la policía.

# CAPÍTULO VIII

Emma Griffin apenas había tenido tiempo de quitarse el abrigo cuando sonó la llamada a la puerta de su apartamento. Dejó la prenda sobre la cama y salió al *living*, distraída con sus pensamientos, en verdad nada agradables.

Estaba arrepentida de haber sido tan brusca con el agente, quien, a fin de cuentas, estaba cumpliendo con su deber… Un deber ciertamente elogiable: velar por las vidas de las personas y hacer cumplir la ley cuando ocurría un delito. Le rogaría que la perdonase cuando volviera a verle.

También pensaba en Maryetta. La dulce, jovencísima y simpática. Maryetta. La echaría de menos, a pesar de todo. A fin de cuentas, unas cuantas flores y plantas por el apartamento y unas cuantas tonterías más, no era motivo suficiente para dejar de querer a la rubita de los ojos azules que se había convertido en una *hippy* en cierto modo divertida. Una infeliz… Eso había sido Maryetta: una infeliz ingenua que creía cualquier cosa que le dijeran con entusiasmo. Y ahora ella estaba muerta…

Muerta.

Debía ser horrible morir así, violentamente, tan joven, con toda una hermosa vida por delante. Horrible.

Abrió la puerta, distraída.

Y enrojeció un poco al ver ante ella a Pete Ingram, el agente cuyo recuerdo parecía grabado en su mente.

—Señor Ingram…

—Hola, señorita Griffin —saludó, un tanto inquieto, Pete—. ¿Está sola?

—Sí… Sí, claro…

Le pareció que Ingram contenía un suspiro de alivio.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Desde luego… ¿Olvidó preguntarme algo? ¿Algo urgente?

Cerró la puerta y quedó apoyada de espaldas en ella. Ingram la miraba fijamente, con la expresión inconfundible de quien se ha quitado un gran peso del ánimo.

—No… No olvidé nada. Simplemente, dejé para mañana toda una serie de preguntas complementarias de rutina… ¿Ha cenado ya?

—Tomé unos bocadillos en un *snack*. Casi nada… La verdad es que no tenía apetito.

—Lo comprendo. Mmmm… ¿Piensa usted pasar la noche aquí?

—Naturalmente —se asombró Emma.

—¿Sola?

Ahora, Emma Griffin enrojeció más intensamente. No por turbación o gazmoñería, sino furiosa, o poco menos.

—¿Se dedican a estas cosas los policías cuando terminan su trabajo, señor Ingram? ¿Aprovechan… todas las oportunidades?

—Temo que no la comprendo —enrojeció también Pete.

—¿No? Pues le diré que pienso pasar la noche aquí, y bien sola, desde luego. ¿Quizá usted había tenido una idea… más agradable?

Pete frunció el ceño, todavía un poco rojo el rostro.

—Parece que usted y yo tenemos dificultades en entendemos, señorita Griffin. Personalmente, preferiría que no me importase demasiado. Sin embargo, le ruego que nos considere, a los agentes, como personas de más alto nivel mental y moral. No acostumbramos a… pernoctar con nuestras… clientas. Ni siquiera cuando ellas nos lo piden, puesto que de todo encontramos en nuestro trabajo. En cuanto a mí, conozco chicas más simpáticas que usted, a las que me bastaría hacer una seña para que se sintiesen felices.

—Usted… usted es un fatuo, señor Ingram.

—Y usted una antipática desconfiada.

—Usted… usted… —barbotó Emma—. Usted es…

—Un fatuo. *Okay*. Pero, además, soy un agente que está cumpliendo con su deber. Usted hace vestiditos. Yo hago respetar leyes. ¿Sabía que hemos encontrado el coche que atropelló a Maryetta?

Emma se mordió los labios, un tanto mortificada por la frialdad

oficial del agente.

—No… No lo sabía…

—Pues así ha sido. Hemos encontrado, además, al muchacho que, por el momento, suponemos que conducía el auto. Era de su padre… Es de su padre todavía, por supuesto. El muchacho se llamaba Johnny Blossom. ¿Lo conocía?

—No. Ya le digo que no conozco a ningún miembro de ese *Hippie* Home… Algunos vinieron, pero no sé sus nombres. Si viese su… ¿Ha dicho usted «conocía»?

—En tiempo pasado… —sonrió secamente el
*G-man*
—. Encontramos al muchacho metido en el portaequipajes de su coche, estrangulado con una tira de piel. En estos momentos está camino de la Morgue… Otro joven *hippy* que visita tan frío lugar, señorita Griffin.

—Pero…
Pe-pero…
¡Dios mío, esto es horrible!

—Bastante —admitió fríamente Pete.

—¿Quién… quién lo ha… estrangulado?

—No lo sabemos… todavía. Pero lo sabremos. De momento, mi teoría es de tal índole que decidí de pronto cambiar mi ruta.

—¿Su ruta? No comprendo…

—Me dirigía hacia la casa de los Blossom cuando de pronto tuve un… presentimiento. A partir de él, formé una teoría de tales directrices, que preferí venir a visitarla a usted.

Emma se quedó mirándolo boquiabierta.

—¿Sospecha usted de mí? —murmuró al fin.

—Usted se apeó cerca de nuestro departamento, muy poco después de recibir yo por la radio de bolsillo la llamada de un compañero que me informaba del nombre del propietario del coche matrícula MAR WT 665. Yo fui a ver a los Blossom, luego al *Hippie* Home. Teóricamente, usted tuvo tiempo de llegar al *Hippie* Home antes que yo, entrar con Johnny Blossom en su coche y, aprovechando quizá que, por cualquier motivo, el muchacho pasó al asiento delantero y usted quedó en el de atrás, le pasó la tira de piel por la garganta y… ¡zas! ¡Lo estranguló!

—¡No! —gimió Emma muy pálida.

—Luego tomó un simple bocadillo en cualquier parte y volvió a toda prisa a su apartamento. Tengo la impresión de que acaba usted de llegar, señorita Griffin.

—No, no… ¡NO!

—Como la veo sin su bata de trabajo y sin abrigo…

La muchacha retrocedió un par de pasos, aterrada.

—Usted… usted no cree eso que dice.

—¿Por qué no? —sonrió secamente el detective. Observe que además de sádico, soy maquiavélico, tenaz e implacable. ¿Quizá no le gusta mi teoría?

—¡No es cierta! ¡Señor Ingram, está equivocado…! ¡Le aseguro que está equivocado! ¿Cómo puede pensar que yo… que yo…?

Pete encendió un cigarrillo mirando de reojo a Emma, conteniendo no sin dificultades la sonrisa burlona.

—También tengo otra teoría, no menos admisible —dijo, expeliendo lentamente el humo—. Una teoría con dos vertientes. Por un lado, usted se sentirá más tranquila. Por otro, es de suponer que sentirá un considerable miedo. ¿Quiere escuchar mi segunda teoría?

—Si usted… insiste en decir que yo he… he estrangulado a una persona…

—No. En esta teoría usted resulta inocente de toda culpa… Está un poco pálida, señorita Griffin. ¿No cree que le convendría tomar algo fuerte?

—Tengo… tengo un poco de *whisky* en el mueble-bar,… Creo que me sentará bien un trago…

—Se lo serviré yo… —sonrió Pete—. Siéntese cómodamente en el sofá mientras le voy sirviendo y explicando mi segunda teoría. ¿Bien?

—Sí, sí, gracias.

Pete aprobó con la cabeza. Fue al mueble-bar, sacó la botella de *whisky* y un vaso y sirvió una pulgada de licor. Cerró el mueble y alzó el vaso hasta su nariz, oliendo con evidente cautela y atención… Frunció el ceño y, para asombro de Emma, se llevó el vaso a la boca… Probó un sorbito insignificante, el llamado «media gota»; en realidad, apenas tocó el *whisky* con la punta de la lengua. Luego paladeó lentamente unos segundos, antes de hacer un gesto aprobativo con la cabeza. Se acercó a la muchacha, tendiéndole el

vaso.

—Mi segunda teoría, creo que tiene también sus buenos puntos lógicos. Quizá menos que la primera… —Le entregó el vaso y se sentó a su lado; la muchacha lo miraba como hipnotizada—. Sí, quizá menos que la primera, pero hay que tenerlo todo en cuenta. Le explicaré: alguien, con el coche de Johnny Blossom, o quizá este mismo muchacho al volante, mató a Maryetta Dormán. Sí, sí… no me mire así: la mató. Fue un asesinato, señorita Griffin. Sé lo que digo.

—Dios… Dios mío…

—Beba *whisky* —sonrió fríamente Pete—. Ande, beba… Así… Como le iba diciendo, se utilizó el coche de Johnny Blossom, fuese o no fuese este muchacho al volante. La asesinaron atropellándola. Luego, el conductor se dio a la fuga. Cosa que, normalmente, y por fortuna, no suele suceder. Al menos —sonrió cínicamente—, cuando el conductor sabe que hay muchos testigos que han podido anotar su matrícula. La huida, por tanto, en estas condiciones, ya implica culpabilidad. Bien: han asesinado ya a Maryetta, y se han dado a la fuga. Ahora, pongámonos en el lugar de las personas que iban en el coche asesino. ¿Dos, tres, cuatro hombres…? No importa el número, de momento. Lo que sí importa es que todos los que van en el coche saben que su matrícula, casi con toda seguridad, ha sido anotada por alguien. Esto es corriente. Entonces, los que van en el coche, saben que el vehículo, más pronto o más tarde, será localizado. Está a nombre de John Blossom, padre del estrangulado *hippy* del mismo nombre. La policía, sin lugar a dudas, encontrará a los Blossom. Atrapará a Johnny y, esto sin discusión de ninguna clase, le hará confesar. Pero… —Pete alzó un dedo amenazadoramente— a las personas que acompañaban a Johnny Blossom, eso no les interesa, es obvio. De ninguna manera puede interesarles que Johnny diga que con él iban Fulano, Mengano y Zutano. ¿Solución?: estrangular a Johnny Blossom. Pista cortada. Fin. ¿Qué opina de mi teoría?

—Creo… creo que usted… conoce bien su… su trabajo, señor Ingram.

—Muchas gracias. Luego echaré un vistazo a sus dibujos, a ver qué tal es usted como diseñadora. Emmm… Bien, pero mi teoría todavía no ha terminado. Tiene… una interesante derivación deductiva. Fíjese bien: asesinan a Johnny Blossom para cortarnos la

pista. Pero, este asesinato se produce como consecuencia más o menos directa del anterior, del de Maryetta Dormán, la cual, estaba plantada delante del Departamento esperando que algún hombre con cara de policía saliese a la calle. Ése soy yo. ¿Sabe por qué estaba Maryetta esperando delante del P. D., señorita Griffin?

—No… no, no…

—Quería comunicarnos algo. Es claro que pudo entrar en el Departamento, pero evidentemente, prefirió hacerlo fuera. Era más discreto, en verdad. Pero, volvamos al motivo por el que la mataron… ¿Motivo, señorita Griffin?

—Yo… yo… Ella quería decirles algo a ustedes…

—Exacto. Está usted aprobada. Bien: Maryetta muere, y no puede decirnos «todo» lo que quería. Sólo unas palabras: «matar… matar a…». Es muy poco. El o los asesinos, saben que no dijo nada sustancial, ya que en ese caso la policía se les habría echado encima. Okay: ya tenemos silenciados a Maryetta Dormán y a Johnny Blossom. ¿Qué ocurre ahora? ¿Qué puede ocurrir ahora, señorita Griffin?

—N-n-nooo… no sé…

—Se lo diré: ¿conoce usted alguna persona a la cual Maryetta pudiera hacerle confidencias sobre lo mismo que quería contarle a la policía?

—No sé…

—¿No sabe? Sería mejor que recapacitase. Piense que esa persona, por lo que pueda saber, también está condenada al silencio, a la muerte… ¿No se le ocurre ninguna persona a la cual pudiera hacerle confidencias la pobre Maryetta?

Emma Griffin palideció intensísimamente. Se quedó mirando con ojos desorbitados al agente. De pronto alzó el vaso, que todavía contenía *whisky*, y quiso beber Pero la mano le temblaba tanto que el cristal estuvo chocando con los blancos y diminutos dientes de un modo peligroso.

—Permítame —sonrió Pete.

Le pasó una mano por la nuca, sujetando la cabeza y tomó el vaso con la otra mano, colocándolo cuidadosamente entre los sonrosados labios de la muchacha, que bebió temblorosamente. El detective no apartó el vaso de la linda boquita hasta que quedó vacío.

Luego lo mostró amablemente.

—No tema: ya me aseguré de que su *whisky* no había sido envenenado… ¿Se siente bien?

Emma se esforzó en recuperar la serenidad.

—Yo… yo soy esa persona que puede… saber algo de lo que sabía Maryetta… ¿No es así, señor Ingram?

—Evidentemente. O aparentemente, como prefiera. Pero, claro, todo esto puede que se quede en una interesante teoría, y que no tenga nada que ver con la realidad.

—Usted… usted vino aquí porque… porque temía por mi vida…

—De ninguna manera —protestó irónicamente Pete—: vine aquí porque me acordé de usted, de que es muy hermosa, y me dije que quizá, aprovechándome de mi condición policial… Es norma nuestra: en cuanto tenemos oportunidad, todos los agentes nos dedicamos a esta clase de abusos personales.

—Lo siento… Señor Ingram, lo siento de veras… Ya… Ya había pensado antes en pedirle perdón por haber sido tan brusca. Pero ahora… ahora… ¡No sé qué decir! Usted… usted tiene que perdonarme…

—Oh… ¿Estoy obligado a ello?

—Por favor…

—Muy bien: la perdono. Y ahora, insistiré en mi perversa y abusiva pregunta: ¿piensa pasar la noche aquí, usted sola? —Alzó una mano—. No me pida que me quede, porque tengo otras cosas que hacer.

Emma Griffin sonrió, de pronto. De un modo juvenil, alegre.

—Ya que no puede ser… ¿qué me aconseja?

—Por si las moscas… Es decir, por si los asesinos, yo la llevaría a un lugar seguro, donde permanecería hasta que todo hubiese terminado. De todos modos, insisto en que es sólo una teoría mía.

—Es suficiente… —Se estremeció ella—. Recogeré algunas cosas en un momento, y… y usted me dirá adónde cree que debo ir.

—Lo pensaré… ¿Puedo ver sus dibujos?

—Sí… Oh, sí, desde luego… Están en el dormitorio. Venga conmigo.

Emma se había puesto en pie, siendo imitada rápidamente por el agente. La muchacha sonrió, muy brillantes los ojos, y de pronto cogió una mano de Pete Ingram, tirando de él hacia el dormitorio.

—Me gustaría oír su opinión sobre mis dibujos, señor Ingram… —susurró.

—Estoy… emocionadísimo. De veras.

Entraron en el dormitorio. Emma señaló el tablero de dibujo y Pete fue allá. Se quedó contemplando el dibujo, de espaldas a la muchacha, que había abierto el armario y estaba sacando una maletita de skay rojo.

—Vaya… Es un dibujo formidable, señorita Griffin.

—¿De verdad le gusta?

—De verdad. Pero me pregunto por qué el escote ha de ser redondo. No me gustan los escotes redondos. Esta flor está bien… Sugiere primavera y cosas así. Yo creo que un escote en punta, bien… elegante, sugeriría… también primavera, ¿no?

—Su idea es buena —rió la muchacha—. La tendré en cuenta.

—Mejor que no… —Pete se volvió, sonriendo.

Ella sonrió y entonces Pete Ingram enrojeció y se volvió de nuevo hacia el tablero.

—Como… cómo iba diciendo, es mejor que no me haga caso: cada cual conoce su trabajo. O así debería ser, al menos.

—Lo del escote en punta no está mal. Podría…

Los dos se volvieron velozmente hacia la puerta del dormitorio cuando oyeron el timbre del apartamento. Emma quedó inmóvil, mirando asustada al agente.

Éste se relajó de pronto y sonrió.

—Vaya a abrir. Las teorías son sólo teorías…

—Pero si quieren matarme…

—Yo me quedo escondido aquí. Y tengo una formidable pistola… No tema, señorita Griffin.

—Bien… —Ella sonrió un tanto trémulamente—. Allá voy.

Y salió del dormitorio estirando del borde del jersey hacia abajo.

# CAPÍTULO IX

Abrió la puerta y se sobresaltó al ver a los dos *hippies* con sus barbazas, su mirada fija, casi hiriente. Iguales a otros: prendas raras, desaliño, abulia…

—¿Qué… qué quieren?

—Usted es Emma Griffin, claro.

—Sí…

—¿Está sola?

—No… No, no… Tengo una visita.

Los dos *hippies* sonrieron maliciosamente.

—Es una simpática mentira… —dijo uno—. Entremos, nena.

La empujó. El otro entró rápidamente y cerró la puerta. Emma abrió la boca, dispuesta a gritar, pero el primero le tapó rudamente la boca.

—Acabemos, Sammy —dijo.

Sammy sacó una tira de piel y rió quedamente cuando vio cómo se desorbitaban los ojos de la muchacha. Enroscó rápidamente los extremos en sus manos y dio un seco tirón.

—Sujétala bien y déjame sitio a su espalda. Va a ser asquerosamente fácil. La mat…

—Temo no estar de acuerdo, *hippies* —dijo una voz.

Lyn y Sammy se volvieron velozmente hacia la puerta del dormitorio, el primero sujetando todavía a Emma por detrás, tapándole la boca con fuerza. Durante un segundo que pareció mucho más tiempo, se quedaron mirando la recia y atlética figura del agente, que tenía su pistola «Colt» reglamentaria en la diestra. Sus ojos estaban entornados, dejando visible solamente un frío destello casi irónico.

Esto, solamente en un segundo.

Enseguida, Sammy saltó hacia su izquierda y esta mano golpeó el interruptor de la luz, colocado junto a la puerta. El *living* quedó a oscuras, con sólo un recuadro de luz hacia el fondo, proyectado desde el dormitorio.

Pete Ingram comprendió instantáneamente que no podía disparar en aquellas condiciones, sabiendo que Emma Griffin estaba delante de uno de los *hippies*. Un balazo en la oscuridad casi siempre tiene funestas consecuencias: la bala no va al sitio que se desea. Pero por otra parte, no podía permitir que escapasen tranquilamente, por la puerta, que estaba a menos de un par de yardas de ellos. Ni mucho menos podía consentir que estrangulasen a Emma en la oscuridad, sin intervenir…

Saltó hacia adelante, guardando la pistola. Antes de llegar a la puerta, vio la raya de luz que penetraba por ésta. Efectivamente, tal como había calculado, pensaban escapar, sabiendo que él no se atrevería a disparar…

Llegó a la puerta cuando se estaba abriendo rápidamente, y la cerró de un manotazo con la izquierda, mientras con la derecha lanzaba otro golpe a ciegas, desde su pecho hacia adelante. Un golpe terrible, con el canto de la mano, capaz de matar a un hombre si le acertaba en la garganta. Oyó el quejido de dolor, pero supo que no había acertado en la garganta, sino en el pecho de los *hippies*. Oyó el rumor de un cuerpo al rodar por el suelo, pero toda su atención, en ese momento, estaba concentrada en encontrar el interruptor, tanteando cerca del marco…

Recibió un violentísimo empujón, que lo apartó, casi derribándolo, deslizándose por la pared. Finalmente, cayó de rodillas, derribando algo de madera… Y en el acto, notó el golpe y el peso en su espalda. Iba a apartarse cuando notó, de pronto, la brusca asfixia. Casi pareció una cuchillada en plena garganta, pero supo que era la tira de piel, manejada por un hombre que tenía a la espalda. Una tira de piel posiblemente idéntica a la que habían encontrado en la garganta de Johnny Blossom.

Lanzó un codazo hacia atrás y oyó el seco gemido. La presión de la tira de piel cedió un poco. Lo suficiente para que pudiera pasar entre ella y su cuello los dedos índice y corazón de la mano izquierda. Cerca de él oía el rumor de la desigual pugna entre Emma Griffin y el otro *hippy*… Muy cerca de él.

Pero mucho más cerca estaba el que tenía a la espalda, que nuevamente apretaba, con tanta fuerza y experiencia que la vida de Pete Ingram habría terminado allí si un par de segundos antes el G-man no hubiera tenido la salvadora idea de proteger su cuello con dos dedos, que se hundían ahora en la garganta, con una sensación lacerante, cortante, quemante quizá…

El agente del FBI dejó de pronto de resistirse. Fue una fracción de segundo que desconcertó al *hippy*. Suficiente. Pete se echó hacia atrás, alzó la mano derecha y sus dedos se crisparon en la ropa del hombro de su enemigo. Se clavaron allí como pinzas mecánicas, de poder invencible. Notando todo el peso del *hippy* en sus dedos, Pete tiró hacia adelante y arriba, inclinándose bruscamente al mismo tiempo.

Se oyó en el aire el jadeo de espanto del *hippy*, en pleno vuelo, lanzado por encima del hombro del federal. Se oyó inmediatamente el fuerte batacazo sobre algo que crujió.

Para entonces, Pete Ingram distinguía la silueta que formaban Emma Griffin y el otro *hippy*. Saltó hacia allí y sus manos se clavaron en los brazos del hombre. Los notó tensos, como si estuviera apretando algo con sus manos… ¡El cuello de Emma! Dio un fuerte tirón, intentando arrancarlas de allí, pero sólo consiguió que Emma pudiese respirar un instante en un gemido ronco, difícil.

Comprendiendo que le llevaría demasiado tiempo separar aquellas manos de su presa, y sabiendo que el otro *hippy* se estaba incorporando, dispuesto a continuar la pelea, el G-man soltó los brazos del que estaba intentando estrangular a la muchacha. Juntó ambos puños, calculó velozmente y soltó un terrorífico golpe, buscando los riñones del *hippy*.

Se oyó el seco impacto, el gemido del hombre… Ingram volvió a golpear en el mismo sitio y algo se le vino encima. Oyó el leve ruido del cuerpo de la muchacha al caer al suelo, y supo que había conseguido su propósito. Bajó las manos, encontró al hombre caído de rodillas y su rodilla directa fue contra el rostro, en feroz golpe. Algo crujió, y el hombre, sin duda, saltó hacia atrás, con la boca en perfectas condiciones… para comer sopitas durante una buena temporada. Y al mismo tiempo, el otro caía de nuevo sobre su

espalda, esta vez sin la tira de piel, pero rodeando con fuerza de loco el cuello del agente del FBI, en presa de estrangulación nuevamente. Un codazo hacia atrás aflojó la presa. El segundo codazo debió acertar al *hippy* en un punto aún más doloroso, porque el brazo se aflojó tanto que Ingram pudo zafarse de él, y volverse. Lanzó un espantoso golpe a la altura del estómago, y notó el aire fuertemente espirado por el *hippy*, en pleno rostro. Repitió el golpe y de nuevo gimió el *hippy*… Estaba oyendo ruido de cadenas, pero su cerebro, en aquel momento, no admitía el aviso, el posible significado de aquel ruido.

Estaba a punto de machacar de nuevo el estómago del *hippy* que tenía entre manos cuando recibió en plena espalda, desde la parte baja del omoplato derecho hasta la inferior de los riñones, el más tremendo golpe de su vida, en diagonal, cruzando toda la espalda. Un golpe espantoso, que pareció triturar su carne, aplastarlo, derrumbarlo. Dio de cara contra el otro *hippy* y cayó de rodillas…

La luz se hizo de pronto en el *living* y Pete sacó de nuevo la pistola, por puro instinto.

—¡Vámonos! —Oyó el jadeo de dolor.

Pero no veía nada. Sólo luz. Una luz cegadora, llena de sombras que parecían personas… Cualquiera de las cuales podía ser Emma Griffin. No.

Ella, no… Ella debía ser quien había encendido la luz. Entonces, aquellas otras sombras que se alejaban debían ser los *hippies*… Sacudió la cabeza y las imágenes se aclararon de pronto. Efectivamente: Emma Griffin estaba de pie junto a la puerta, con la mano todavía en el interruptor, palidísima, con el jersey estirado de tal modo que una manga estaba fuera del brazo correspondiente y se veía el hombro, blanco y fino, y el cuello esbelto…

Cuando miró rápidamente hacia la cocina, todavía pudo ver la puerta al cerrarse de un fuerte golpe. Huían… Escapaban por la escalera de incendios. La luz había vuelto, Emma Griffin ya no estaba en su poder y, teniendo él una pistola, los *hippies* habían comprendido de parte de quién estaba el triunfo.

Querían escapar por la escalera de incendios…

Quiso ponerse en pie y correr hacia allí, para impedirlo. Les dispararía desde la ventana, sin piedad alguna.

Mas, para su sorpresa, ni siquiera pudo dar un paso. Fue como si

el suelo desapareciera bajo sus pies, como si su espalda se partiese en mil pedazos… Cayó de bruces y quedó jadeante, como atravesado por una gigantesca lanza que lo clavaba por la espalda en el suelo, produciéndole un dolor insoportable. De nuevo sólo vio luz, con sombras grotescas, y notó un frío extraño, profundo, y un zumbido que parecía extenderse desde su cabeza a todo el cuerpo.

Y de pronto algo fresco y tembloroso en su rostro.

Volvió a sacudir la cabeza. Emma Griffin estaba arrodillada ante él y tocaba su rostro, asustada.

—Ayúdeme… a levantarme…

Emma tuvo que alzarlo poco menos que a peso. Pero cuando el policía consiguió la vertical, ya no precisó ayuda. Igual que un poste que se consigue dejar en posición vertical… aunque sólo sea unos segundos.

—El *whisky*… —jadeó Pete—. ¡Necesito un trago!

—Se caerá…

—No me caeré.

Ella fue rápidamente a por el *whisky*. Regresó a toda prisa, con la botella y un vaso. Iba a escanciar licor en el segundo, cuando Pete le quitó la botella de la mano y se la llevó a los labios… Un buen trago, ciertamente. Notó el calor en todo el cuerpo… Fue como si el frío que notaba en toda la espalda se disolviese. Asintió, como aprobando su mejoría y echó un brazo sobre los hombros de Emma.

—A la derecha —dijo.

Ella le ayudó a llegar hasta allí, y luego hasta la ventana de guillotina, que se veía alzada. Pete se apoyó en el alféizar y miró hacia la escalera de incendios, hacia abajo, tras sacar la pistola.

Inútil. Del todo inútil.

—Se fueron… —masculló—. Pero no olvidaré sus rostros… Nunca los olvidaré. Recoja sus cosas, señorita Griffin.

—No podrá caminar… —gimió la muchacha—. Es mejor que nos quedemos aquí. Llamaré a…

—Hay que marcharse, y pronto. Si les damos tiempo, nos esperarán abajo, nos acribillarán o nos tirarán una bomba… Dese prisa, no les demos tiempo a reorganizarse.

—Oh, Dios mío, jamás creí que unos *hippies* pudieran…

—No eran *hippies* —cortó abruptamente Pete—. Ni mucho

menos, Emma. Eran asesinos profesionales. Dese prisa.

Ella le ayudó a llegar al sofá, donde Pete se dejó caer, conteniendo a duras penas un alarido de dolor.

—Pete… —suplicó ella—. Déjeme llamar al departamento. No creo…

—Hay que salir de aquí, y pronto. No perdamos más tiempo, se lo ruego.

—Sí… Está bien…

La vio correr hacia el dormitorio, poniéndose bien el jersey. Casi sonrió, pero enseguida frunció el ceño. Claro… ¡Claro! Todo el asunto, desde el principio, había estado en manos de asesinos profesionales. ¿*Hippies*? Ni en broma. Pero se habían mezclado con ellos en el *Hippie* Home. Maryetta se había enterado de algo, temían que Emma Griffin también supiera algo… Querían matar a alguien. Eso había dicho Maryetta, como pudo: «matar… matar a…». ¿A quién querían matar los asesinos profesionales? ¿Qué había sabido Maryetta? ¿Y quién más había sabido algo? Emma Griffin, Johnny Blossom… ¡Y Fred Weygand, el novio de Maryetta! ¿Creerían que él también sabía algo?

¿A quién querían matar realmente aquellos ase…?

* * *

—¡Pete! ¡Pete!

Abrió los ojos. ¿Los había tenido cerrados? Claro… Pura lógica. Si los abría, era que los había cerrado. ¡Se había desmayado como una damisela!

—Oh, Pete, lo siento, lo siento… ¡Ha sido por mi culpa!

Todavía no sabía muy bien lo que ocurría. Sólo que notaba una cosa fresca y cálida a la vez, y muy tierno, en los labios. Y aquel frescor tembloroso que ya conocía, en las mejillas. La imagen se aclaró de pronto. Alguien estaba cerquísima de él. Muy cerca. Todavía tardó un par de segundos en comprender que ya no podía estar más cerca, y que lo que notaba en los labios eran otros labios, y unas manos suavísimas y frescas en las mejillas…

Se movió, y Emma Griffin se separó. Vio sus ojos inundados de lágrimas. Estaba muy asustada, acongojada, temblorosa.

—¿Era el beso para un cadáver? —Gruñó roncamente Pete.

—Pete… ¿Está bien, está b…?

—Estoy perfectamente. Observe cómo me pongo en…

Dio un tirón y, en efecto, quedó en pie. Pero al instante tuvo que sujetarse a los hombros de Emma, que lo sujetó a la vez por la cintura. El mundo había dado una vuelta por sorpresa. Una vuelta que no estaba en las lecciones de Geografía.

—Déjeme llamar…

—¿Cuánto rato ha pasado?

—Nada… Diez o doce segundos…

—Entonces, vámonos.

—Sería mejor quedarnos. Yo podría hacerle un masaje en la espalda…

—¿Sabe hacer masajes?

—Bueno, un poco…

—Estupendo.

Se quedaron mirándose los dos. Muy lentamente, Pete Ingram comenzó a atraer a la muchacha, sujetándola todavía por los hombros. Ella no resistió lo más mínimo. Simplemente, cuando él se acercó completamente, cerró los ojos y entreabrió los labios. El agente apenas los tocó con los suyos. Pero cuando hablo, las dos bocas estaban tocándose; notaba los labios de ella al mover los suyos.

—¿Sabe una cosa, señorita Griffin? —susurró—. Creo que a todos debían atizarnos con una cadena de cuando en cuando.

—¿Para qué? —preguntó ella, dulcemente, notando los labios de él.

—No sé… Ésta es una situación tonta… Usted tiene el aliento muy fresco…

—Es una situación tonta —le besó ligeramente ella a cada sílaba pronunciada.

—Muy tonta…

—Tontísima… ¿Qué hacemos?

—No sé…

—Tenemos que irnos…

—Sí… Tenemos que irnos. Ya tengo preparadas mis cosas…

—Entonces… ¿nos vamos?

—Eso dice usted…

—¿Yo? Pues entonces, vámonos.

Se disponía a separarse, de modo que sus labios dejarían de

darse mil besitos menudos. Emma Griffin se acercó más, entonces, hundiendo de lleno sus labios en los del detective. Éste apretó las manos en los hombros femeninos… pero eso fue todo. Cuando ella se separó, lo miró enfurruñada.

—Eres un hombre antipático, Pete Ingram.

—No siempre. Es que estoy trabajando. Además, pensaba que sólo me habías besado antes porque creías que estaba muerto… ¿O lo hiciste porque sabías que estaba muy vivo?

—Creo que será mejor que nos vayamos —refunfuñó ella.

Se apartó bruscamente de él, dejándolo un tanto tambaleante. Recogió su pequeña maleta roja y se quedó mirándolo con expresión decididamente huraña.

—¿No piensas ayudarme? —sonrió él.

—Bueno.

Volvió a pasarle un brazo por los hombros y salieron del apartamento.

# CAPÍTULO X

El inspector Saunders y los agentes Dan Power y Roger Cotter entraron en la casita, dirigiendo una breve mirada a Emma Griffin, que señaló hacia el *living*, tras cerrar la puerta. Luego, una vez todos en el *living*, los precedió hacia el dormitorio de Pete Ingram, que estaba tendido boca abajo en su cama, desnudo de cintura para arriba.

Saunders arrugó la nariz ante el penetrante olor a linimento, y frunció luego el ceño al ver que Emma Griffin se colocaba a un lado de la cama y continuaba dando masajes en la espalda de Ingram, que recuperó su sonrisa de éxtasis. Las manos de la muchacha se movían suavemente sobre la musculosa espalda, hundiendo cautamente los dedos en los puntos convenientes.

—¿No es… formidable, señor? ¡Ella entiende de masajes!

—Recibí tu llamada… —Gruñó Saunders—. ¿A qué estás jugando, Pete?

—A masajes.

—¿Sí? Pues quisiera…

Phil Saunders enmudeció bruscamente. Power estaba señalando la espalda de Ingram, pero el inspector ya la había visto, justo en aquel momento. Se mordió los labios y se quedó mirando aquella espantosa señal roja, negra y morada, en la espalda del
G-man.

En el centro, a todo lo largo desde el omoplato a los riñones, se veía en relieve, como si la carne hubiese crecido, pero lo mando aquel feo color tumefacto. Luego, a los lados de la señal principal, en forma de pequeñas elipses continuas, se extendía una franja rojo-amarillenta y de un leve tono violáceo, de más de cuatro pulgadas de anchura.

—Por Dios… —se impresionó Saunders—. ¿Qué te ha ocurrido?

—Me golpearon con una cadena.

—¿Quiénes?

—Un par de asesinos profesionales disfrazados de *hippies*. Estaban dispuestos a estrangular a Emma, y eso me pareció mal.

—¿Asesinos profesionales disfrazados de *hippies*…? Explícate.

Pete Ingram lo hizo, mientras Emma continuaba dándole un suave masaje con el linimento. De cuando en cuando, el agente se interrumpía, y sus ojos se abrían mucho, único modo en que se permitió exteriorizar su dolor.

Cuando terminó, Roger Cotter encendió un cigarrillo y se lo dio, recibiendo un guiño de agradecimiento.

—Bien… —musitó Saunders—. Parece que la cosa es más seria de lo que pensamos. Daria cualquier cosa por saber lo que Maryetta Dormán quería decirnos. ¿Tienes idea de a quién quieren matar esa gente, Pete?

—No, señor. Lo siento. ¿Y Joey?

—En la Morgue, con los padres de Johnny Blossom. Tuve que dejarle allí cuando me llamaste diciendo que nos veríamos en tu casa… También envié a dos muchachos a proteger a Fred Weygand, tal como indicaste. ¿Crees que también él puede estar en peligro?

—Imagino que está en peligro cualquier persona más o menos íntima de Maryetta Dormán, señor.

—Entiendo. Bien… De todos modos, no perdemos nada protegiendo a Fred Weygand. ¿Sabe ella algo? —señaló a Emma.

—No. Al menos no recuerda nada, de momento. Pero de una cosa está segura: Maryetta no le habló de la muerte de nadie. Lo cual, evidentemente, no saben los *hippies* que fueron a matarla. Deben temer que sepa algo. Y lo mismo ocurrirá con Fred Weygand, que era novio de Maryetta. No quieren dejar ningún cabo suelto: Maryetta Dormán, Emma, Johnny Blossom… Si seguimos el itinerario que nos marca estos nombres, debemos tener bien protegido a Fred Weygand.

—Sí, sí, entiendo… Pero creo que debiste llevar a la señorita Griffin al P. D., ¿no?

—Ya mataron a Maryetta Dormán en la puerta, ante mis propias narices. Aquí estará segura, señor. Me pareció que la idea no era mala.

—Claro… Está bien, ella se quedará aquí… pero no contigo.

—Hombre, jefe, no pensaba…

—Te llevaremos al departamento para que te vea el médico. No me gusta tu espalda.

—¿Le parece contrahecha? —sonrió Ingram.

Emma y los tres federales sonrieron. Pete demostró que no quería más masaje, al moverse, y sus compañeros, adivinando su intención, le ayudaron a dar la vuelta hasta dejarlo sentado en la cama. El rostro del policía estaba un poco pálido y ligeramente sudoroso, pero sonrió de aparente buen humor.

—También tendremos que seguir en Quantico un curso de enfermeras. Es conveniente.

—Habrá que sugerirlo a la dirección. Danny se quedará con la señorita Griffin en tu casa, Pete. Ahora ponte una camisa y la chaqueta y vamos a que te vea el médico de tumo.

—¿Vamos a dejar a Danny con esta pobre muchacha?

—Lo mantendré a distancia —sonrió Emma.

Ingram se puso en pie, se acercó a Danny Power y palpó su costado izquierdo, encontrando inmediatamente el bulto de su pistola. Aprobó con la cabeza, fue al armario, sacó una camisa y se la puso. Luego, una corbata, la chaqueta… Señaló hacia la puerta, mohíno, y Saunders y Cotter salieron del dormitorio.

Ingram alzó cautamente una mano y movió los dedos en dirección a Emma.

—Ciao —musitó.

—Adiós, Pete…

* * *

—No es nada… —dijo el médico de turno en el P. D.; sonrió de pronto—. Bueno, quiero decir que no es nada para él. A mí, este golpe me habría destrozado la espalda.

—¿Puedo volver a casa? —Gruñó Ingram.

El médico vaciló visiblemente; por fin, movió la cabeza en sentido negativo.

—No. Parece que el proceso no es malo, Ingram, pero prefiero no confiarme. No hay nada roto, desde luego; solamente carne machacada… Pero prefiero tenerlo en observación ocho o diez horas. Será mejor que duerma en la delegación. Yo pasaré a

examinar su espalda cada hora. No sé si se da cuenta, muchacho, pero este golpe, recibido en sentido completamente horizontal, podría haberle roto la columna vertebral. No ha sido así, pero… prefiero tenerlo en observación.

—Me quedaré… —suspiró Pete—. No me gustaría pasarme el resto de mi vida en un sillón de ruedas.

# CAPÍTULO XI

—Hey, Pete… ¡Pete!

Ingram movió la cabeza hacia el lado derecho y abrió un ojo. Sólo vio una mano, pero la reconoció enseguida. Estaba tendido boca abajo en una de las literas del dormitorio de la delegación.

—Dime, Danny.

—Los chicos que están vigilando a Fred Weygand han llamado por la radio del coche. Este *hippy* ha entrado ya en el P. D.

—Emmm… Oh, sí… Viene a entregarme una lista, supongo. Ayúdame, Danny.

Su compañero le ayudó a salir de la litera y luego a ponerse la camisa y la chaqueta.

—¿Cómo te sientes?

—Fatal. Espero no tener que pelear hoy. Tengo la impresión de que ni siquiera podría sostener la pistola. ¿Qué más hay de nuevo?

—Nada. Los padres de Johnny Blossom estuvieron en la Morgue. Joey regresó. Dijo que otro día prefiere ser él quien reciba el golpe con una cadena.

—Supongo que lo dijo sinceramente. Bueno… Vamos a ver a Fred Weygand… ¿Ninguna novedad acerca de él?

—No. Nadie ha intentado molestarlo.

—Hum…

—¿Te lo traigo aquí?

—No, no… Mira, no me gusta ese tipo… ¿Por qué no han intentado matarle a él?

—No sé. ¿Le ponemos en «sospechosos»? —Escuchemos primero qué nos dice.

—De acuerdo. Te ayudaré, Pete.

* * *

Pete Ingram alzó la mirada de la lista de nombres y fijó sus ojos en Fred Weygand, sentado cómodamente en uno de los sillones del despacho de Phil Saunders.

—¿Están todos, Weygand?

—Supongo que sí. Oiga, señor Ingram, yo no puedo asegurar eso, ¿lo entiende? Es imposible recordar si en una lista de sesenta y tantos nombres falta alguien. Y no me diga que tengo que trabajar más porque… no me gustaría tener que negarme. Es usted quien cobra por estas cosas.

El agente se quedó mirándolo hoscamente.

—Puede marcharse, Weygand. Y gracias —gruñó.

—Psé…

—¿Podremos encontrarlo en el *Hippie* Home?

—Por la tarde, sí. Por la mañana, más bien doy unas vueltas por ahí. Parques, jardines, la playa… Por ahí.

—Que se divierta.

—Siempre me divierto. Adiós.

Salió del despache, seguido por las miradas de desagrado de Saunders, Ingram, Cotter y Power. Pete Ingram se dedicó durante más de un minuto a repasar aquella lista. Por supuesto, no le decía nada.

—Quiero un dibujante —dijo de pronto.

* * *

—No, no… No toques nada, Mackey… Está bien así. Un trabajo perfecto.

El dibujante sonrió, satisfecho. Saunders echó un vistazo a los tres dibujos conseguidos tras una hora y pico de trabajo por el mejor dibujante del Police Department.

—Si los otros dos están igualmente logrados, será fácil localizarlos… —musitó—. Fred Weygand ha salido poco menos que idéntico. Pete.

—El mérito es de Mackey. Bien… Habrá que obtener copias fotográficas de estos dibujos. Bastarán una docena de cada uno, supongo. ¿Te encargas de eso, Roger?

—Okay. Dentro de media hora vuelvo con retratos de los dos

tipos que te atizaron con la cadena. Lo siento por ellos.

Salió del despacho acompañado de Mackey. Ingram encendió un cigarrillo, pensativo.

—¿Y Joey? —preguntó.

—En la radio, en contacto con Moos y Stripling, que continúan protegiendo a Fred Weygand.

—Ah, sí… Bien, señor, si no se opone, quisiera que Danny sustituyera a Joey. Él tiene que hacer otra cosa más importante ahora.

* * *

—¿Qué pasa? —dijo Joey Larsen por saludo.

—¿Recuerdas a Loretta? —sonrió Pete.

—Esto… Bueno… —Miró de reojo a Saunders—. Sí, la recuerdo.

—Ve a buscarla al *Hippie* Home. O dondequiera que esté, Joey. No vuelvas sin ella. Y rápido.

—Bueno.

# CAPÍTULO XII

Joey Larsen regresó una hora más tarde. Y no sólo con Loretta, la simpática besucona de la noche anterior, la que le había dicho «hola, bárbaro», sino con varios *hippies* más. Casi una docena. El inspector Saunders miró casi alarmado aquel grupo de greñudos estrafalarios. Había uno que llevaba un collar de flores rojas y que iba descalzo; otro llevaba unas tremendas botas de trampero y un espejito colgando del cuello por medio de una cadenita; una de las chicas llevaba minifalda y minijersey y se había tatuado las piernas, se suponía que con tatuajes no indelebles, de puro adorno… Así todos. Loretta llevaba pantalones de «pata de elefante» y una casaca que parecía militar. Estaba muy bonita, pero muy rara, claro.

—Hola, antipático —saludó.

Pete Ingram sonrió lo más amablemente que pudo.

—Tenemos que pedirte un favor, Loretta.

—¿Tú o Augustus? —arrugó ella la naricilla.

—Mmm… Augustus. Sí, Augustus… Considéralo como un favor personal que le haces a Joey… digo a Augustus. Vamos a ver… Te voy a enseñar algunas fotografías y tú me dirás si conoces a esas personas. ¿De acuerdo?

Loretta encogió los hombros. Ingram fue mostrando las fotografías de Fred Weygand y de los dos hombres que habían intentado asesinar a Emma Griffin. Mientras las iba pasando, con el dorso hacia él, iba estudiando los rostros de los *hippies*. Conocía bien a la gente, y le pareció que hubo ciertos destellos de reconocimiento en algunos ojos. Por eso le sorprendió la respuesta a su pregunta de si los conocían.

—No —dijo firmemente Loretta.

—¿No? —Agitó la fotografía del dibujo Weygand—. ¿Ni siquiera

a éste?

—Oh… A éste, sí. Es Fred… Pero tú también le conoces. Estuviste con él anoche, ¿no?

—Cierto. Pero no estuve con los otros… en el *Hippie* Home. ¿De verdad no los conocéis?

—No.

El policía frunció hoscamente el ceño.

—Te diré lo que ocurre, Loretta… Y escuchad bien todos… Estos dos hombres —alzó las fotografías de los asesinos frustrados— son unos asesinos. Ellos son quienes mataron a Maryetta, atropellándola a propósito con el auto de Johnny Blossom. Luego, para que Johnny no pudiera decir nada al respecto, le estrangularon… Algunos de vosotros visteis anoche a Johnny en el portaequipajes de su coche. Luego quisieron asesinar a otra mujer que vivía con Maryetta en el mismo apartamento… Quiero que lo entendáis bien todos: estos dos hombres son asesinos profesionales. Con una… peculiaridad: por motivos que supongo serán una coartada para ellos, están… digamos que disfrazados de *hippies*. Dicho de otro modo: están matando a varias personas haciéndose pasar por uno de los vuestros, por *hippies*. Es posible que esos asesinos convivan con vosotros en el *Hippie* Home. Se están burlando de vosotros, os están utilizando, están… pisoteando vuestros deseos de amor, de paz, de felicidad… ¿Los conocéis o no?

Los jóvenes *hippies* cambiaron una mirada lenta de unos a otros. El más alto de ellos, que debía ser hermoso y de expresión inteligente, sin todos aquellos estrafalarios perifollos, habló por todos:

—No les conocemos.

—Me estáis mintiendo —se irritó Pete.

Nadie contestó. Le miraban fijamente, y eso era todo.

—Son unos asesinos, se están burlando de vosotros, están utilizando a los *hippies* para coartada de sus asesinatos —insistió Pete—. ¿Los conocéis?

De nuevo el silencio por respuesta.

—Os puedo encarcelar a todos si no colaboráis.

Silencio.

El agente tiró las fotografías sobre la mesa de su jefe con expresión de desaliento.

—Podéis marcharos… —murmuró—. Pero cuidad bien de vuestras vidas… Cualquiera de vosotros puede ser el próximo. Y os advierto que si más adelante sabemos que habéis estado encubriendo a dos asesinos profesionales, lo vais a pasar muy mal. Todos lo vais a pasar muy mal. ¿Entendido? Pues hale, ¡largo de aquí!

Los *hippies* salieron del despacho en silencio, como un dócil rebaño de dulces y mansos corderillos.

Joey regresó segundos después y miró furiosamente a Ingram.

—Han mentido… ¡Y tú lo sabes, Pete!

—Desde luego. Conocen a esos dos asesinos. Pero no podemos hacer nada, Joey… ¿O debo llamarte Augustus?

—¡Déjate de bromas idiotas! Podíamos haber estrujado a esos jovencitos hasta arrancarles la verdad… ¿Te das cuenta de que estamos permitiendo que dos asesinos anden sueltos por ahí?

—No hay por qué molestarse tanto… —sonrió Pete—. Los tendremos muy pronto. No hace falta que los busquemos en realidad. Es claro que habría sido mejor que esos chicos nos hubieran dicho dónde encontrarlos, pero… no importa. Ellos vendrán a nosotros.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Fred Weygand. Querrán matarlo, sin duda. Y entonces… ¡zas! ¿Qué hora es?

—Las once y pico… Y veinte —dijo Danny Power.

—Bueno… Sabemos que Emma Griffin quedó bien protegida con el agente que te relevó en mi casa; sabemos que los *hippies* conocen a los asesinos; sabemos que éstos no son *hippies*, sino profesionales del crimen; sabemos que Fred Weygand está bien protegido… y vigilado al mismo tiempo… Yo haría ahora una cosa.

—¿Qué cosa?

—Pediría unos cafés, encendería unos cigarrillos y, hasta la hora del almuerzo, me dedicaría, en amable compañía, a ir agrupando y analizando todos los datos que tenemos.

—Buena idea —aprobó Saunders.

# Capítulo XIII

A las cuatro y pico de la tarde no sólo habían tomado café en abundancia, habían almorzado y habían fumado hasta hartarse, sino que uno de los mecanógrafos había pasado ya a máquina el informe que ellos habían dictado a uno de los magnetófonos. Cada uno tenía una copia, y en la mesa quedaban cinco más, perfectamente apiladas, impecablemente mecanografiadas.

Fue entonces cuando Joey apareció en el despacho un tanto excitado.

—Pete: Fred Weygand está en una quinta.

—¿En una qué…? —Alzó vivamente la cabeza Ingram.

—En una quinta de North Avenue. Exactamente en el 848.

—¿Qué clase de quinta? —preguntó Saunders.

—Grande, lujosa, residencial… De millonario.

—Asombroso… ¿Se sabe qué ha ido a hacer allí?

—No. Moos y Stripling preguntan que qué hacen.

—Que sigan en sus puestos… —ordenó Saunders—. Y diles que si ocurre algo nuevo nos llamen a mi coche. Nosotros cinco nos vamos para esa quinta. Ellos no deben perder de vista a Weygand en ningún momento.

—Sí, señor.

# CAPÍTULO XIV

En verdad que la quinta era grande, lujosa y residencial. De auténtico millonario. Pero para cuando llegaron allá Moos y Stripling habían informado por la radio del coche de Saunders que Fred Weygand se había marchado y que ellos le seguían.

—Danny, Roger: os quedaréis en el coche. No perdáis detalle de todo lo que pueda ocurrir por aquí.

—Sí, señor.

Se apearon Saunders, Ingram y Larsen. El primero fue quien tiró de la cadenita que había a un lado de la verja. Vieron venir a un hombre con uniforme de chófer, que abrió y se les quedó mirando amablemente.

—Queremos ver al propietario de la casa —dijo Saunders; y para evitar retrasos y discusiones mostró su credencial.

—Preguntaré a la señora si puede recibirlos.

—¿La señora?

—Es viuda hace ya muchos años… Ella es la dueña de todo esto. Síganme, por favor.

Recorrieron un sendero muy bonito con acacias y mimosas. Había piscina, una pista de tenis, un campo para practicar el mini-golf…

Todo ello, sin embargo, parecía abandonado desde mucho tiempo atrás.

La casa era en verdad lujosa, con grandes arañas de cristal en los techos, espejos, buenos cuadros, consolas de calidad, alfombras…

Un hombre alto, elegante, serio como una piedra, de ademanes correctísimos, apareció por una puerta, y el chófer fue hacia él. Sostuvieron un conciliábulo en voz baja. El elegante, que tenía todo el aspecto de un mayordomo, movía negativamente la cabeza. Pete

Ingram vio moverse los labios del chófer pronunciando la palabra «policía» en más de una ocasión… Saunders tenía el ceño fruncido.

Por fin, el mayordomo se acercó a ellos.

—La señora no quiere que la molesten cuando está en su saloncito privado… —se disculpó—. Sin embargo, puesto que hace algunas excepciones, le anunciaré su visita.

—Gracias —dijo secamente Saunders.

El mayordomo entró misteriosamente por una gran puerta de doble hoja. Reapareció un par de minutos más tarde y se acercó a ellos, inclinándose ligeramente ante el visitante de más edad, Phil Saunders.

—La señora les está esperando.

Iniciaron la marcha hacia allá. El mayordomo abrió la puerta y se colocó a su lado. Cuando hubieron entrado cerró… Y los tres agentes se encontraron en un gran salón, no saloncito. Las cortinas, enormes y pesadas, estaban medio corridas, de modo que la iluminación era agradable, discreta. Había muchos objetos de arte, hermosos cuadros, tapices, alfombras, un piano, una enorme biblioteca, muebles carísimos, regios…

La mujer estaba en el centro del salón, erguida, destacando visiblemente. Casi alta, de cabellos completamente blancos, vestida con sencillez y elegancia. Quizá tendría cincuenta años, pese a su cabellera completamente blanca. Era elegante, sobria. Una auténtica dama, de rostro bello, inteligente… y triste.

—Soy Charlotte Garrison —se presentó.

Los recién llegados inclinaron levemente la cabeza. De pronto estaban comprendiendo qué era lo que los tenía tan sorprendidos: todo el salón estaba lleno de retratos, algunos de gran tamaño, de unas veinte pulgadas de ancho por treinta de alto. Y todos ellos eran de un muchacho… Del mismo muchacho, sólo que en diferentes edades: niño, adolescente, hombre ya… Más de treinta fotografías de todos los tamaños. En las paredes, sobre el piano, en la biblioteca… La mayor mostraba al apuesto joven de expresión serena e inteligente vestido con uniforme de teniente de la U.
S. Marine
Corps. Era algo increíble, casi mareante.

—Soy el inspector Saunders, señora Garrison… Del FBI.

—Ya me ha advertido eso Leonard… ¿En qué puedo servirles?

—Pues… Bien, señora… Nosotros hemos venido a preguntarle por un hombre llamado Fred Weygand… ¿Le conoce? Es un… *hippy*.

—¿Un *hippy*? ¿Weygand? No… No le conozco.

Phil Saunders empezó a sentirse incómodo.

—No quisiera molestarla, señora Garrison… Pero ese hombre ha estado en esta casa hace unos diez minutos. Un *hippy* alto, flaco, de ojos pequeños, grises… Barbudo… Una cicatriz en la mejilla derecha que queda casi oculta por la barba. Ya sabe: uno de esos tipos estrafalarios… Lleva al cuello una cuerda de la que pende una rosa de plata o de un metal parecido.

—¿Dice usted que ese… hombre ha estado aquí conmigo?

—Eso creemos, señora.

—Están equivocados. Buenas tardes, caballeros.

Saunders frunció el ceño, disgustado. La dama era una aristócrata; si así se la podía llamar en Estados Unidos; pero él era jefe del Police Department y quería…

—Formidable muchacho —comentó de pronto Pete Ingram.

La expresión de Charlotte Garrison cambió bruscamente. Sus ojos se fijaron en el agente con evidente simpatía.

—Es mi hijo —dijo orgullosamente.

—Parece un gran chico… —sonrió Pete acercándose a la dama —. Y campeón en todo… Por ejemplo, aquí está jugando al tenis… ¡Apuesto a que ganó el partido!

—¡Desde luego! —rió la mujer—. ¡Mi Dick siempre ganaba…! ¡Siempre! Ahora ya no juega al tenis. Es poca cosa para él… Tiene… ideas más serias.

—Así ha de ser, porque parece inteligente —musitó Pete.

—Ah, joven… Usted tiene… una gran psicología, de veras. ¿Inteligente? ¿Inteligente mi pequeño Dickie? ¡Mucho más que eso! Recuerdo…

—No me lo diga —sonrió Pete alzando un dedo—. ¿Fue o no fue el número uno en la graduación de su curso?

—¡Sí! —Se estremeció de gozo la mujer.

—Mmmm… ¿Harvard?

—¡Harvard! —exclamó ella—. ¿Quiere verle el día en que obtuvo el título, señor…?

—Ingram.

—Oh, es un verdadero placer, señor Ingram… Venga, venga…

Le llevó ante otra de las fotografías. Y allá estaba Richard Garrison con su toga, su diploma, su sonrisa de muchacho sano e inteligente… Un campeón en todo… Saunders y Larsen habían comprendido la habilísima maniobra plena de psicología realizada por Ingram y se mantenían en un conveniente segundo plano, silenciosos.

—¿No es realmente un joven maravilloso, señor Ingram?

—Sin duda, señora. Mmm… ¿Dónde está él ahora?

—Oh, viajando… Viajando por todo el mundo. Es muy conveniente viajar, saber las cosas de este planeta nuestro. Dick quiere conocerlo todo, saberlo todo… Véalo aquí, a los dieciséis años… El mejor bateador de su equipo de *baseball*. Jugar Dick y ganar todo era lo mismo. Una vez… —rió alegremente— una vez mandó la pelota tan lejos, que tuvo que dejar de dar vueltas por las bases de puro cansancio… ¡Era capaz de enviarla fuera del estadio de un solo golpe! Querían convertirlo en profesional, pero él tuvo el buen sentido de negarse… Era el mejor en todo, pero… lo hacía por auténtico deporte simplemente. También querían que jugase en un equipo de basketball… ¡Pretensiones vanas! Mi Dick no es hombre para esas tonterías… Bien están como deporte, pero no como carrera de un hombre… Le gusta todo y lo sabe todo… No hay nadie mejor que él… ¿Chicas? Oh, santo Dios… ¿Querrá creer, señor Ingram, que tenía que intervenir yo para que le dejasen en paz? ¡Pobre, mi Pobrecito Dick, lo que debe estar ahora sufriendo por ahí sin mi ayuda…! ¿Le he dicho que está viajando por todo el mundo? Ah, sí, sí… Un largo, larguísimo viaje… ¡Todo el mundo a sus pies! Lo verá todo, lo conocerá todo… Japón, Pekín, Moscú, Roma, Berlín, París, Madrid, Buenos Aires, Río de Janeiro, México, Caracas, Honolulú, Sidney… ¡Oh todo, todo el mundo! Un hombre de su talento debe… cultivarse… ¿No le parece, señor Ingram?

—Sin duda, señora —musitó roncamente Pete.

—Él es tan… tan gentil, tan hermoso, tan capaz para todo… Una vez, yendo los dos solos en el auto, tuvimos que detenernos por una avería… ¿Querrá usted creer que la arregló él solo, señor Ingram? ¡En un abrir y cerrar de ojos! Alzó el capó, miró el motor y dijo: es esto. ¡Y era aquello ciertamente! Nunca se equivocaba en nada… ¡Incluso sus profesores de la Universidad le temían cuando él

aseguraba una cosa! —volvió a reír, estremecida de gozo—. ¡Todavía recuerdo la discusión que sostuvo con un catedrático…! Sí… Se comentó durante mucho tiempo. Era una de esas ecuaciones que Einstein dejó sin resolver… Usted entiende algo de esto, sin duda. Pues bien: Dick se dedicó a ello y le presentó su resultado al catedrático… ¡La que se armó, válgame Dios de los cielos…! ¿Se figura que aceptaron su talento…? ¡Ah, no, no…! Le dijeron que estaba mal, que aquello era absurdo y que lo dejase correr si no quería acabar loco… ¡Eso es lo que hicieron! Y Dick dijo: «¿No quieren que les resuelva esto? ¡Pues ahí se queda!». ¡Y no lo resolvió! ¡Los dejó defraudados, es claro! ¡Lo que ellos querían era aprovecharse de su talento o bien que no pudiera demostrarlo! ¡Estoy segura de que sabían que Dick podía quitarles el puesto en la Universidad a cualquiera de ellos! Pero… ¿para qué quería Dick un puesto en una simple Universidad? ¡Para nada!

Mire… Aquí tenía veinte años… ¡Ah, era el más gallardo muchacho que había en todo el mundo! Estábamos de vacaciones en Miami, y allí… —La dama volvió a reír, como ante un alegre pensamiento íntimo; se quedó mirando a Ingram con ojos brillantes —. ¿Alguna vez ha practicado usted el esquí acuático, señor Ingram?

—Alguna vez, sí —murmuró Pete acongojado.

—Pero no como Dick, por supuesto…

—Por supuesto que no —intentó sonreír el federal.

—Naturalmente… ¡Ganó todos los concursos en los que participó en Miami Beach! A mí, en parte, me daba pena la otra gente… Había chicos simpáticos; pero, claro… incomparables a Dick. Él era muy amable con todos. Todos le querían allí… ¡Y en todas partes! Supongamos que está ahora en… Singapur, por ejemplo. Pues bien: estoy segura de que toda Singapur está loca con mi Dick. No es un hombre que pasa desapercibido, no… Tiene… personalidad. Y mucha cultura… Estoy deseando que vuelva para que me lo cuente todo, todo, todo… Me envía muchas postales… Cada día recibo una; algunos días, dos… De todas partes del mundo… Este retrato más grande es el último, por el momento… No me envía retratos… ¡Querrá darme una sorpresa a su vuelta! Volverá más… hombre, más recio, más hecho… Naturalmente, fue el primero de su promoción en West Point… Estuvo en Vietnam

unas semanas intentando ayudar; pero no le escuchaban sus sugerencias y él prefirió seguir su viaje alrededor del mundo… Cuando vuelva… ¡Ah, cuando vuelva…! Le diré la verdad, señor Ingram: ¡no me extrañaría que fuese elegido presidente de Estados Unidos en las próximas elecciones! Naturalmente, será el presidente más joven que jamás haya tenido Estados Unidos. Y el mejor, eso por descontado… Su visión de la política…

—Señora Garrison… —musitó tristemente Ingram—. Señora Garrison, le ruego que me disculpe… Mis compañeros y yo tenemos mucho trabajo por hacer y… y no queremos molestarla más…

—¡Pero si no es molestia!

—Bien… El caso es que debemos marcharnos… Estoy seguro de que también su hijo haría lo mismo: el deber antes que el placer.

—Oh… ¡Oh! ¡Por supuesto que sí, señor Ingram! Usted también es un muchacho encantador… ¿Volverá a visitarme alguna vez?

—No me perdería ese placer por nada del mundo.

Charlotte Garrison agitó una campanilla y la puerta del salón se abrió, dejando visible al impecable mayordomo llamado Leonard.

—Leonard —dijo la dama—, acompaña a los señores. Ah… El señor Ingram tiene abiertas las puertas de esta casa en todo momento, en cualquier ocasión. No lo olvide, Leonard.

—No, señora.

La dama tendió la mano a Ingram, que comprendió que tenía que besarla. Lo hizo así, y cuando iba a soltarla ella le retuvo la suya, sonriendo.

—No lo olvide: tiene que visitarme a menudo, señor Ingram.

—Prometido, señora… —sonrió también Pete como si acabase de engullir algo agrio—. La visitaré en cuánto me sea posible. A sus pies.

Fue el último en salir del salón. Joey Larsen esperó a que el mayordomo cerrase la puerta, y entonces se pasó una mano por la frente.

—Santo Dios… —resopló—. ¡Está como una…!

—¿Regadera, señor? —sugirió cortésmente el mayordomo.

—Pues… sí, como una regadera. ¿O no?

—Así es, señor. Espero que no la hayan excitado demasiado. La pobre señora se impresiona fácilmente.

—No sé hasta qué punto hemos podido impresionarla —

masculló el inspector Saunders—. ¡Ha hablado ella sola…!

—Oh… Entonces ha hablado de su hijo.

—Sí… En efecto.

—Pobre muchacho…

—¿Pobre? —Se irritó Joey.

—Ha muerto, señor. En Vietnam, hace poco más de un año.

Los agentes miraron incrédulamente al mayordomo, no poco impresionados.

—¿Qué dice usted? —musitó Ingram.

—La verdad, señor. A partir de entonces ella empezó a llenar su saloncito privado de fotografías, a hablar a solas… Unos ratos parece que esté con el señorito Dick. Otros, con unos enemigos del muchacho. En otras ocasiones insulta al presidente de Estados Unidos. Más adelante ríe, y ríe, y ríe… Ella grita cosas raras… «¡Qué maravillosamente bailas, Dick, hijo mío…!». Cosas así. La pobre señora, efectivamente, está como una… regadera a raíz de recibir la notificación de la muerte de su hijo. Y ahora está un poco mejor; se ha convencido a sí misma de que el señorito Dick está viajando por todo el mundo… Lamentable en verdad.

—Mucho… —admitió Pete—. Bien… No sé qué decir… Es decir, sí tengo algo que preguntar: ¿estuvo o no estuvo en esta casa uno de esos greñudos *hippies*?

—Estuvo, señor.

—¿A ver a la señora Garrison?

—En efecto. Ese hombre ha venido otras veces. Entra en la casa, me mira de un modo desagradable y siempre dice lo mismo: «Tú, lacayo, dile a la vieja que ha llegado Freddie». Una… persona muy desagradable, señor.

—Desde luego. ¿Qué viene a hacer aquí ese *hippy*?

—Lo ignoro. Sin embargo, tengo… mis sospechas. Creo que viene a pedirle dinero a la señora.

—¿Y ella se lo da?

—Pues… Bueno, ustedes son la ley… Sí, sí, a veces sé que le ha dado dinero.

—¿Mucho?

—Eso no lo sé, señor Ingram.

—Claro… Ha sido usted muy amable, Leonard. Es posible que tenga que volver por aquí. En cuyo caso —sonrió secamente—, no

olvide que las puertas de esta casa están siempre abiertas para mí.

—No lo olvidaré, señor. Siempre…

La puerta volvió a abrirse y apareció el chófer, con Cotter a su lado, un tanto excitado.

—¡Moos ha llamado! —exclamó—. ¡Weygand está ahora en una casita, una especie de cottage bastante elegante!

—¿Dónde exactamente?

—En las afueras de la ciudad. Lo tengo anotado en el coche.

—Bien… Pues vamos a ver qué hay en esa casita, o cottage, o lo que sea…

# CAPÍTULO XV

Era un cottage bastante grande sito no muy lejos del aeropuerto. Desde allí se veían los aviones, ya muy bajos, a punto de tomar tierra o despegando, como si saliesen de las copas de algunos árboles.

Lo estaban mirando desde lejos, juntos ahora los dos coches, bien ocultos a las posibles miradas que Weygand u otras personas pudiera dirigir desde la cabaña-cottage. Weygand todavía no había salido, al parecer, aunque la presencia de un espeso grupo de pinos en la parte de atrás sugería no pocas posibilidades para una huida furtiva. Sin embargo, la motocicleta en la que había estado desplazándose aquel día estaba todavía allí, tumbada junto a la valla blanca que bordeaba el cottage.

Casi a las seis, los agentes estaban ya más que impacientes. Y, además… ¿se iban a limitar a permanecer allá, esperando a ver qué decidía hacer Fred Weygand? ¿Qué estaría tramando? ¿Quién vivía en aquel cottage?

—Voy a acercarme, señor —mascullló Pete.

—Estaba pensando en ello. No vamos a pasarnos la vida esperando las decisiones de ese *hippy*. Joey va contigo.

Salieron del coche Ingram y Larsen, y para dirigirse hacia la cabaña dieron un cauto rodeo. Finalmente se encontraron en la parte de atrás, entre los pinos. Por allá no había vallas de ninguna clase. Parecía una especie de pequeño parque, al cual miraban también polla parte de atrás varias cabañas más, bastante separadas entre sí; era un polígono de cottage, en cuyo centro había quedado el bosquecillo, creando una zona privada. Se veían caminos de tierra roja, muy bien cuidados, que desde la carretera, y pasando junto a las cabañas, llevaban a la linde del bosquecillo.

Pete Ingram se quedó mirando hoscamente las rodadas de coche que se veían marcadas en la tierra roja en dirección a la cabaña. Sólo que detrás de ésta no se veía ningún coche. Conclusión fácil: había habido un coche allí, pero se había marchado. ¿Cuándo?

—Apuesto a que ese Weygand está tramando algo, Pete. Ya verás cómo ha dejado con un palmo de narices a Stripling y Moos.

—¿Llevas alguna ganzúa?

—Sí… La del zapato.

—Pues vamos a entrar en esa cabaña. Pero con cuidado, Joey: es posible que haya alguien ahí… Fíjate en aquella ventana —señaló por entre los pinos—: está cerrada herméticamente, con algo sólido… Parecen tablas.

—Si nos acercamos manteniéndonos en esa dirección no podrán vernos desde la cabaña —sugirió Larsen.

—Pues eso haremos. Adelante.

Llegaron sin novedad al pequeño porche, y Larsen abrió con facilidad y silenciosamente la puerta. Pete había sacado la pistola y empujó la puerta con la mano izquierda, apartándose del umbral. Pero nada sucedió. Entraron en la cabaña, encontrándose inmediatamente en el clásico *living*, bastante confortable, con televisión y bar. Al primer momento la impresión que se recibía era la de que no había nadie en la cabaña; pero los agentes no dieron esto por sentado ni mucho menos. Pete Ingram señaló a Joey una de las puertas y él se dirigió a otra. Antes de tan siquiera tocarla aplicó suavemente el oído a la madera y estuvo escuchando unos segundos. Su rostro se tensó. Chascó suavemente dos dedos, llamando la atención de Larsen.

Inmediatamente empujó la puerta y entró con la pistola por delante.

—¡Quietos!

Los dos *hippies* quedaron a medio incorporarse en las sillas. Estaban sentados ante un aparato con conmutadores, palancas, botones, indicadores diversos, pequeñas luces piloto que se encendían y apagaban. El aparato debía medir cuatro pies de largo por uno de ancho y había sido colocado sobre una mesa serrada por la mitad y adosada a la pared, justamente debajo de la ventana que, en efecto, estaba tapada por tablas clavadas. De no haber sido por la luz eléctrica, aquel cuarto habría estado en la más completa

oscuridad.

Los dos *hippies*, por supuesto, eran los que habían querido asesinar a Emma Griffin.

—Eso es… Vuelvan a sentarse tranquilamente con las manos en la cabeza. Y sólo que las muevan, dispararé. ¿Qué clase de aparato es ése?

No contestaron. Pete se acercó precavidamente, tras comprobar que Joey estaba en el umbral de la puerta con su pistola lista para intervenir en caso necesario.

Echó un vistazo al aparato por encima de los hombros de los *hippies*; acabó encogiendo los hombros.

—Joey, tú entiendes de esto. Ven a echar un vistazo.

Larsen se acercó, estuvo mirando el aparato apenas cinco segundos y lanzó una exclamación:

—¡Es un selector de control remoto!

—¿Control remoto? ¿Qué pueden estar dirigiendo aquí?

—Cualquier cosa… ¡El aeropuerto está cerca! ¡Un avión, Pete!

—¿Es eso? —interrogó Ingram a los *hippies*—. ¿Están dirigiendo por control remoto un avión?

No tuvo respuesta.

—¿Dónde está Fred Weygand? —preguntó entonces.

Uno de los *hippies* soltó una risita burlona. Cosa que no gustó a Pete Ingram. Echó la pistola hacia atrás y la descargó de pronto, fuertemente, contra los riñones del que había reído. El *hippy* gimió agudamente, casi arrancando de la silla por la fuerza del golpe. Cayó de rodillas finalmente. Y entonces empujó la silla hacia atrás, golpeando las piernas de Ingram. Fue una fracción de segundo la que ambos federales dedicaron solamente a aquel *hippy*, pero el otro supo aprovecharla… Se incorporó velozmente, volviéndose, todavía con las manos en la cabeza, y su codo derecho golpeó a Larsen en pleno rostro, haciéndole perder el equilibrio justo en el momento en que disparaba. La bala dio en el techo.

Y mientras Joey y uno de los *hippies* caían al suelo abrazados en una lucha a muerte, el otro *hippy* se revolvía contra Ingram, lanzándose de cabeza contra su vientre. El policía alzó una rodilla simplemente y la cabeza del *hippy* se estrelló contra ella, con tal fuerza que Pete salió despedido hacia atrás. Cayó de espaldas, y al instante fue como si el mundo en peso hubiese golpeado en su

espalda; lo vio todo oscuro, notó el zumbido en la cabeza.

Pero estaba viendo al *hippy* cogiendo algo de detrás de aquel aparato. Supo lo que era cuando se volvió hacia él… Una pistola. Claro… Cuando salían de allí no llevaban armas de fuego, porque sería comprometedor en un momento dado. Pero disponían de ellas, naturalmente…

¡*Pack*!

El disparo sonó como un seco trallazo en el pequeño cuarto… El *hippy* abrió mucho los ojos, los desorbitó. Dejó caer la pistola lentamente, mientras su cabeza se humillaba hacia el pecho, hasta que los desorbitados ojos pudieron ver la mancha de sangre que se estaba ya notando en el sucio jersey… Todavía como paralizado de dolor, tendido de espaldas en el suelo, Pete Ingram le vio caer de pronto como fulminado. Quedó de bruces, con una pierna grotescamente retorcida.

El instinto, el entrenamiento, sus buenos reflejos habían salvado la vida a Pete Ingram, que instintivamente se adelantó al disparo del *hippy*.

Todavía tendido en el suelo ladeó la cabeza, en busca de los otros dos contendientes. Joey todavía tenía la pistola en la mano, pero el *hippy* estaba sobre él, sujetándole la muñeca, manteniéndola apartada… En aquel momento golpeaba a Joey en plena barbilla, y la fuerza del agente cedió considerablemente. La pistola cayó de entre sus dedos, y entonces el *hippy* le soltó, pero fue para clavar su codo izquierdo en la garganta de Larsen, apretándolo contra el suelo. Mientras tanto, su mano derecha buscaba en el bolsillo del pantalón… Sacó la navaja, que se abrió con seco chasquido… El puño izquierdo de Joey golpeaba en aquel momento el rostro del *hippy*, quitándoselo de encima, derribándolo de lado. Ambos hombres rodaron en direcciones opuestas. Se pusieron en pie a la vez; pero mientras Larsen había perdido su pistola, el *hippy* tenía la navaja. Le dio la vuelta, cogiéndola por la punta, y echó el brazo hacia atrás…

¡*Pack*!

El *hippy* saltó hacia atrás, girando como si hubiesen dado un fortísimo tirón con una cuerda que sujetaba su mano, de la cual desaparecieron la navaja… y dos dedos. Pero, tras apenas un segundo de dolor, el *hippy* volvió a la carga, quitándose

rápidamente la cadena del cuello con la mano izquierda y blandiéndola sobre la cabeza de Joey cuando éste se inclinaba para recoger su pistola…

¡*Pack*!

El *hippy* lanzó un alarido mucho más fuerte esta vez y se llevó las manos al vientre, perdidas ya todas sus ganas de pelea. Cayó de rodillas, gimiendo, y luego de cara contra el suelo, quedando en una rara postura, como un mahometano en plena oración.

Larsen ayudó a Pete a ponerse en pie y ambos se acercaron al *hippy* que agonizaba rápidamente gimiendo.

—¿Qué están dirigiendo por control remoto? —jadeó Pete, implacable—. ¡Dígalo! ¡Qué están dirigiendo!

El *hippy* cayó de lado. Desvió los angustiados ojos hacia el agente y quiso escupirle fuertemente; pero la saliva, espesa, se quedó en sus labios, manchándolos.

—¡Se está muriendo! —gritó Pete—. ¡Va a morir muy pronto! ¿No quiere decimos lo que están haciendo? ¡Tiene que…!

Un zumbido se oyó tenue en el cuerpo del falso *hippy*. Los policías cambiaron una rápida mirada, y fue Joey quien encontró inmediatamente la radio de bolsillo entre las ropas del moribundo, cuyos ojos se estaban ya cristalizando.

Joey Larsen admitió la llamada. Inmediatamente oyeron la voz de Fred Weygand:

—Buen despegue, Lyn. El aparato, con esos dos fanáticos dentro, no debe errar el blanco, de modo que pon mucho cuidado en la dirección del vuelo. No vamos a desperdiciar la carga de nitroglicerina en otra cosa que no sea el Pentágono. Yo voy ahora a oír la radio para… Lyn… ¿Me están oyendo, Lyn? ¡Lyn! ¡Sammy!

La comunicación se cortó. Los agentes quedaron mirándose, pálidos.

—El Pentágono… —susurró Pete—. ¡Quieren arrojar un avión con carga de nitroglicerina en el Pentágono! ¡Por Dios!

—Ve a buscar al jefe, Pete. ¡Deprisa! ¡Yo me encargo de ese control remoto!

—¿Podrás? Joey, ¿podrás?

—Al menos hay que intentarlo. ¡Corre!

# CAPÍTULO XVI

Al mando de sus hombres, Phil Saunders irrumpió en la cabaña, ocupándola en pocos segundos. Entró en el cuarto del selector de control a distancia precediendo a Pete Ingram, igualmente pálidos los dos.

—¡Joey! ¡No toques nada! He llamado al Departamento y viene un técnico hacia aquí a toda velocidad… He dado la alarma a la Central del FBI en Washington…

—Voy entendiendo esto, señor… —musitó Larsen—. Sin embargo, esperaré todo lo que sea posible… El avión está a mitad de camino a Washington. Vuela lentamente… Parece ser que cuando llegamos Pete y yo acababa de despegar… Vea: la radio para comunicarse con el aparato.

—Si está pilotado desde aquí no habrá nadie en el aparato…

—Fred Weygand habló de dos fanáticos… Voy a llamar a ese avión, señor. ¿Hola? ¿Aparato en vuelo hacia el Pentágono? Cambio.

—¿Quién es usted? —Se oyó una voz—. No es Lyn…

Pero no importa. Algo raro está sucediendo… No podemos gobernar la avioneta, pero seguimos directos hacia Washington. ¿Cómo es posible, qué ocurre? Cambio.

—Atiendan bien, muchachos: les está hablando la Policía. Tenemos controlado el aparato desde el cottage, en Baltimore. Ustedes no podrán hacer nada para variar el rumbo que nosotros elijamos. No hagan nada, no toquen nada. Lyn y Sammy han muerto. Fred Weygand caerá pronto…/Los llamaron a ustedes fanáticos. ¿Qué se proponen hacer? Cambio.

—¿Por qué todo eso? —Sonó crispada la voz del muchacho—. ¿Qué está ocurriendo? Nosotros sólo vamos a tirar sobre el

Pentágono unos paquetes de octavillas y cajas con caramelos. Las octavillas protestan contra la guerra en Vietnam; los caramelos son una broma… Cambio.

—¡No tiren nada! —aulló Larsen casi sudando—. ¡Lo que ustedes van a lanzar son cargas de nitroglicerina! ¡Les han engañado! Cambio.

—¡Está loco! —chilló el muchacho—. ¡Son paquetes de caramelos! ¡Es una broma y al mismo tiempo una protesta! ¡Váyase al demonio! Cambio.

—Muchacho… Muchacho —se suavizó la voz de Joey—: ustedes son dos *hippies*, lo sé. Voy a admitir que sus intenciones son buenas… Arrojad sobre el pentágono octavillas y caramelos. Okay, muchachos. No vamos a discutir. Solamente, con muchísimo cuidado, examinen esos paquetes de caramelos. Cambio y espero respuesta.

Pete Ingram colocó un cigarrillo encendido entre los labios de Larsen.

—Cálmate, Joey. Estamos haciendo…

Uno de los agentes apareció jadeando en el cuarto.

—¡Contacto fulminante con Washington, señor, por la línea privada! Comunican que desde el Pentágono han salido una docena de cazas a reacción al encuentro de ese aparato. El presidente estaba de visita en el Pentágono esta tarde…

—Dios mío…

—Lo están desalojando a toda prisa, señor. Dicen que hagamos lo posible por dirigir ese aparato hacia el mar, donde será derribado en un lugar conveniente.

—¡Van dos muchachos en ese aparato! —aulló Saunders.

Nadie supo qué contestar. El silencio parecía haberse petrificado, como si ya jamás pudiera ser roto. Fue la voz del muchacho de la avioneta la que les estremeció a todos.

—Oigan… —Tembló la voz—. ¿Nos están oyendo? Cambio.

—Adelante, muchachos. Cambio.

—Los… los paquetes de caramelos contienen… unas botellas… con líquido. Hay más de cuarenta paquetes de… de ésos, y las botellas están… ocultas por los caramelos… Di… di… díganos qu… qué hacemos… Cambio…

—No toquen nada. ¿Hay paracaídas? Cambio.

Hubo unos segundos de silencio.

—Sí… Hay paracaídas, sí. ¿Los… usamos…? Cambio.

—Háganlo. Tírense sin miedo. Sólo tienen que tirar de la anilla cuando estén en el aire. Quizá se rompan una pierna o algo así, pero eso es poca cosa. Les diré algo: ese aparato estaba destinado a caer, todo él, con la carga, en el centro del Pentágono. Si piensan eso comprenderán que tirarse en paracaídas no tiene importancia. Pónganselos. Y cambio para que me digan si tienen alguna duda. Espero.

Afuera se oyó el frenazo de un coche en el silencio que siguió. Pocos segundos después dos hombres entraban como trombas en el pequeño cuarto y se colocaban inmediatamente junto a Joey, que lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Tranquilo, Larsen. Nosotros nos encargamos de esto… Está en rumbo fijo, directo… Va todavía hacia el Pentágono…

—Hubiese… hubiese tocado los mandos si hubieseis tardado más.

—Mejor que no hayas tocado nada. Ya es nuestro… De modo que nos lo llevaremos hacia el mar… Ajá… Correcto, correcto… Lo tenemos rumbo al mar. ¿Qué les pasa? —Miró sonriente a su alrededor, pero sin ocultar su crispación—. ¿Están preocupados?

—Hay dos muchachos *hippies* ahí que van a saltar… ¿Significa eso algún peligro…?

—Ninguno. Ellos…

—¿Nos están oyendo? —preguntó de pronto el *hippy* de la avioneta—. Nos hemos puesto los paracaídas, tenemos los dedos en la anilla. Vamos a saltar… Estamos viendo muchos aviones evolucionando por encima y debajo de nosotros, por todos lados… ¿Saltamos? Cambio.

—Salten —aconsejó Joey—. No se preocupen por esos aparatos. Provienen del Pentágono. El avión va ahora hacia el mar. Salten… y buena suerte. Fuera.

Joey se apartó del selector, dejándolo en manos de los dos expertos. Pete Ingram le dio una palmada en un hombro.

—Buen trabajo, Joey. Y ahora vámonos a buscar a Fred Weygand.

—¿Sabes dónde está? —se asombró Larsen.

—No con seguridad, pero… tengo una sospecha. ¿Te das cuenta

del dinero que vale todo esto? Una avioneta, un selector de control remoto, conseguir nitroglicerina… Me pregunto si no ha habido alguien que haya financiado todo el asunto. Alguien que esté… un poco loco y que odie la guerra y quizá de modo especial el Pentágono. ¿Qué dices?

—¿Estás… estás pensando en…? ¡Oh, vamos, Pete…!

—No perdemos nada con probar.

—Y aquí no estamos haciendo nada —gruñó Saunders—. En marcha.

Salieron de la cabaña casi corriendo hacia los coches. Danny Power señaló hacia la carretera.

—¡Miren! ¡Un *hippy*! ¡Se escapa…!

Hizo ademán de correr hacia allí, pero difícilmente podría haberlo alcanzado a pie, ya que el joven greñudo y estrafalario había saltado sobre su motocicleta, que partió como un rayo. Ingram retuvo innecesariamente a Power por una manga.

—Déjalo. Ellos saben mucho más de lo que nos dijeron, pero ahora somos nosotros quienes sabemos más que ellos. Si las cosas no se hubiesen precipitado, utilizando la lista de Weygand y atrapándolos uno a uno, quizá habríamos sabido más cosas. Ahora no los necesitamos ya. Vamos a ver si encontramos a Fred Weygand. Él es quien interesa.

# CAPÍTULO XVII

—Tú, lacayo, dile a la vieja que Freddie está aquí… O mejor, yo mismo me anunciaré. Aparta, siervo.

Fred Weygand empujó rudamente a Leonard, y fue hacia la puerta de doble hoja que daba al saloncito privado de Charlotte Garrison. Abrió y entró, siempre rudamente.

Al fondo, sentada inmóvil en un sillón, estaba la dueña de la hermosa quinta. Fred Weygand ni siquiera le dio tiempo a ponerse en pie. Fue hacia ella, se plantó delante y exclamó:

—¡Hecho! Ahora, el dinero, señora.

—¿Ya ha sucedido? —preguntó ella.

—Ajá. El dinero, señora Garrison.

La dama se puso en pie.

—Oiré la radio. Si ha sucedido, lo dirán… Quiero estar segura de ello, Freddie.

Quiso caminar hacia la radio que se veía en una mesita, pero Weygand se colocó furioso ante ella.

—Oiga, usted me buscó a mí, me encontró… Quería que matase al presidente, a todos los hombres que habían contribuido a que su hijo fuese enviado al Vietnam. Quería un atentado, y yo lo he cumplido en toda regla. Su venganza por la muerte de su hijo está consumada.

—¿La muerte de mi hijo? ¡Dick no está muerto! ¡Está viajando por todo el mundo, aprendiendo a…!

—¡Ya me sé ese cuento! ¡Usted está loca, señora…! Pero loca o no, me buscó, me contrató en Nueva York, me dijo lo que quería… Le pedí dinero para ir preparándolo todo: compré la avioneta, la nitroglicerina, me dejé la barba, hice el payaso para introducirme en ese antro estúpido llamado *Hippie* Home, me hice amigo de

algunos de esos locos… Incluso novio de una idiota que nos oyó hablar a mis amigos y a mí y estuvo a punto de echarlo todo a perder… Usted quería un simple atentado, pero aceptó pagarme quinientos mil dólares cuando le propuse no sólo matar al presidente, sino a todo el sistema militar de Estados Unidos: al culpable directo por no suspender la guerra, y a quienes la dirigen… ¿Fue ése el trato o no?

—Pero mi hijo no está muerto… ¿Por qué había de vengarme yo, Freddie? —musitó la dama.

—¡Maldita sea, usted está loca a ratos, y cuerda en otros momentos! Su odio está vivo cuando está cuerda, y usted estaba cuerda hace un minuto… Ahora, vuelve a estar loca. Pero cuando me contrató, estaba completamente cuerda y consciente. Yo no tengo la culpa de que cuando se vuelve loca por un rato, insista en que su hijo está vivo. Lo que quiero es mi dinero por el trabajo hecho. He matado a quienes usted odiaba, ¿no? ¡Para eso me contrató!

—Yo no odio a nadie… Y mi hijo está vivo.

—Señora Garrison, no me haga perder la paciencia. Sé que cuando recupere la lucidez, por poco que le dure, recordará que me contrató para hacer ese trabajo. Pero eso puede suceder mañana, y no puedo esperar tanto tiempo. Deme mi dinero y me iré.

—Usted es quien está loco… Yo jamás ordenaría la muerte de nadie, Freddie…

—Puede que no lo hiciese cuando está loca y se convence a sí misma de que su hijo está vivo. Pero yo la recuerdo muy bien de cuando usted me abordó en Nueva York, me hizo entrar en su coche. Tenía entonces uno de sus momentos de lucidez, y estaba reventando de odio. ¡Usted me ordenó hacer eso, y ahora tiene que pagarme!

—¿Le he hablado alguna vez de mi hijo, Freddie? Es un muchacho encantador. Recuerdo…

Fred Weygand agarró a la dama por la ropa del pecho y la estrujó furiosamente. En su mano derecha apareció la navaja, brillante la hoja, cuya punta apoyó en la garganta de Charlotte Garrison.

—¡Su hijo ha muerto! ¡Y yo quiero mi dinero!

—No tengo dinero…

—¡Tiene mucho dinero, en su caja fuerte! —Weygand señaló con la navaja hacia un cuadro de una pared—. Usted lo ha ido retirando del Banco en cantidades regulares, para tenerlo dispuesto para mí… ¡Quinientos mil dólares, me dijo! ¡Lo quiero ahora!

—¿Ha matado al presidente?

—¡Sí! —rugió furiosamente Weygand.

—Oigamos la radio, entonces. Mi hijo habló una vez por…

Fred Weygand estaba desconcertado y furioso. Sabía que Sammy y Lyn habían sido apresados, muertos quizá. Seguramente, todo había salido mal. Pero, al menos, él escaparía con el dinero. Y aquella mujer, iba de la locura a la cordura con una facilidad desesperante. Si oía la radio, sabría que nada había ocurrido. Si perdía más tiempo escuchando sus locuras, la Policía o el FBI, ahora lanzado tras su pista, no tardarían en atraparle…

—¡Al demonio usted y su hijo…! —Gruñó.

Lanzó un terrible navajazo a la dama, que se encogió, crispó sus manos en los brazos del falso *hippy*, gimió quedamente. Sus ojos se desorbitaron, fijos en los pequeños, grises, acuosos, crueles ojos de Fred Weygand.

—¿Qué… qué hace…? —jadeó.

Weygand derribó a la dama de un empujón. Ella cayó de espaldas y quedó con los ojos muy abiertos, fijos en el techo; también la boca estaba abierta, como en un insaciable deseo de respirar. El falso *hippy* se arrodilló junto a la mujer, y tiró de la cadenita que colgaba de su cuello. Había un medallón, con una fotografía miniatura de Dick Garrison. Y unas llaves.

Arrancó la cadena de un tirón, fue al cuadro que antes había señalado y lo separó de la pared, dejando al descubierto la caja fuerte. Tardó casi dos minutos en encontrar la llave adecuada, y otros tantos en discar la combinación adecuada, grabada en la misma llave.

Por fin abrió la gruesa puerta de acero y metió las manos dentro… Las sacó llenas de fajos de billetes y empezó a reír. Fue riendo más a medida que iba sacando fajos y más fajos de billetes, todos nuevos, flamantes, crujientes. Los fue dejando caer al suelo, hasta que comprendió que ya no había más en la caja. Entonces se quitó el chaquetón de cuero, lo extendió en el suelo y colocó allí todos los fajos. Cogió el chaquetón por cuatro puntos y se

incorporó.

—Dick… Dickie, hijito…

Se dio cuenta entonces de que había estado oyendo a Charlotte Garrison durante aquellos minutos. Pero sólo él podía oírla, tanta era la debilidad de aquella voz.

—Adiós, vieja —se despidió.

Salió del saloncito, pensando que una buena carrera le llevaría, a través del jardín de la quinta, hasta donde había dejado el coche, al otro lado de las verjas…

El mayordomo estaba esperando en el vestíbulo, impasible. Lo miraba como si fuese… un objeto sucio, que realmente no merecía atención alguna.

—Tú, lacayo: tu ama quiere verte.

Leonard caminó hacia la doble puerta. Pasó junto a Weygand sin mirarlo siquiera, sin prestar atención a la maligna expresión de los pequeños ojos crueles, perversos. Weygand lo dejó pasar, y cuando el mayordomo ya estaba de espaldas a él, sé volvió velozmente y le lanzó un navajazo que sonó escalofriantemente. Leonard fue lanzado contra la puerta por la fuerza del golpe. Rebotó, cayó de espaldas, y se quedó mirando con ojos desorbitados a Fred Weygand, alzando una mano hacia él.

—Aaaaa… ¡Aaaaaaaaaa…!

Weygand soltó una risita.

—Así aprenderás a no mirar a nadie con desprecio, lacayo. Que te vaya bien.

Le dio un puntapié en un costado y salió de la casa, sonriendo alegremente, perversamente. Bajó la escalinata a toda prisa, empezó a correr hacia las verjas…

—¡Weygand! —Oyó la seca voz—. ¡Deténgase!

## CAPÍTULO XVIII

Pete Ingram adelantó un par de pasos, firme la pistola en su mano, apuntando certeramente al pecho del falso *hippy*. Lo tenía a menos de quince yardas. Y a ambos lados, Ingram tenía a sus compañeros en aquel trabajo: Dan Power, Roger Cotter, Joey Larsen, Moos, Stripling… Incluso al inspector Saunders, que ni siquiera se molestaba en tener su pistola en la mano. Ocupaba un semicírculo que cerraba la posible huida de Fred Weygand hacia el frondoso jardín, a espaldas de los policías. Y si pretendía correr a refugiarse en la casa, media docena de balas correrían muchísimo más que él.

Copado.

Eso era todo.

—Camine hacia aquí, Weygand. Despacio. Deje caer ese paquete y levante las manos… Sobre la cabeza, y no…

Pete dejó de hablar. Volvió la cabeza de pronto. Y lo mismo hicieron los demás agentes. Llenos de asombro, vieron aparecer, procedentes del jardín, a no menos de sesenta *hippies*, silenciosos, pintorescos, grotescos, estrafalarios… Aparecieron en el más completo silencio por detrás de ellos, formando un semicírculo mucho más espeso, más nutrido. No decían nada. Eran como sombras en el rojo atardecer. Pero todas las miradas estaban fijas en Fred Weygand.

El inspector Saunders fue el primero en salir de su asombro.

—¿Qué hacen aquí? —exclamó—. ¡Márchense! ¡Están entorpeciendo a la ley! ¡Fuera! ¡Fuera todos!

Fue talmente como si hubiera estado gritando a solas en el más grande desierto del mundo. Parecía que no le habían oído.

Uno de los *hippies* alzó un brazo, de pronto.

—Hip…

—¡Hip! —gritaron los demás.

—Hip…

—¡Hip! —fue coreado.

—Hip… Hip… ¡*Hippies*! —aulló finalmente.

Como una tromba, sesenta chicos y chicas se lanzaron hacia el centro de la explanada, hacia donde estaba Fred Weygand, cuyo rostro se desencajó, palideció…

—¡Quietos! —aulló Saunders—. ¡Todo el mun…!

Fue arrollado, rebasado. Los agentes, entre los cuales había alguno del FBI, pistola en mano, vieron venir aquella masa de jóvenes barbudos y chicas enseñando las piernas tatuadas… Se oía sonido de cadenas, se veían reflejos brillantes, aparecieron barras de hierro…

—¡No disparéis! —ordenó Saunders—. ¡No disparéis, Pete, Joey…!

La orden era innecesaria, porque los agentes se sentían incapaces de apretar el gatillo, de disparar contra un grupo de jóvenes de ambos sexos. Se sentían paralizados, como jamás se habían sentido en su vida profesional. Desconcertados, desorientados… Una cosa es jugarse la vida contra un asesino, un espía, un contrabandista, un saboteador, o gentes parecidas, y otra cosa muy distinta era ponerse a disparar contra un… un rebaño de muchachos de quince a veinticinco años.

De manera que los *hippies* rebasaron la barrera policial con toda facilidad. Cada agente detuvo a uno de ellos, pero los demás siguieron hacia Fred Weygand, como una marea de greñas y ropas raras, de flores y navajas… En un instante, Fred Weygand quedó completamente encerrado en aquel cerco aullante.

Los policías se lanzaron contra las espaldas de los *hippies*. Los cogían del cuello, o de un brazo, y tiraban de ellos, derribando a algunos, empujando a otros…

—¡Fuera, fuera…! ¡Dejadlo! ¡DEJADLO! ¡Fuera todos…!

De pronto, les hicieron caso. Una masa humana que parecía imposible de disolver, se disolvió de pronto, se disgregó. Los *hippies* se desparramaron por todas partes, corriendo, cruzándose unos con otros. Fue una retirada total hacia el jardín donde desaparecieron, dejando a los federales con la pistola en la mano, furiosos, crispados… Pero siempre incapaces de disparar contra un

muchacho que quizá luego resultase tener quince o dieciséis años. Intentar detener a aquellos jóvenes era como querer retener el agua en un colador. A menos, que se tapasen todos los orificios del colador, de un modo expeditivo. Es decir, disparar contra aquellas espaldas juveniles.

—¡Por todos los…! —aulló Power—. ¡Esto es inaudito! ¡No podemos permitir…!

—¿Vas a disparar? —Lo miró Pete, haciendo una mueca.

—¡Pero esos… esos…! ¡Algo hay que hacer!

—¿Contra sesenta jovencitos?

Saunders los llamó por señas, hacia donde había quedado Fred Weygand. Cuando vieron al falso *hippy*, los policías quedaron lívidos de horror. Fred Weygand tenía en torno al cuello una tira de piel, fuertemente apretada. Pero eso era lo de menos… Es decir, lo menos horrible. Estaba revuelto y rodeado de billetes ensangrentados.

—Dios… Dios mío… —jadeó Joey.

—Es una venganza… —masculló Pete—. Ya os dije que los *hippies* sabían más que nosotros. Ellos no encontraron obstáculos ni silencios cuando quisieron saber todo sobre Fred Weygand… Entremos en la casa.

Al primero que vieron fue a Leonard, gimiendo en el suelo, incapaz de moverse. Dos agentes se hicieron cargo de él. Saunders, Larsen y Pete Ingram entraron en el saloncito…

—Dick… ¿Eres tú, Dickie…?

Se apresuraron a llegar junto a la yacente Charlotte Garrison. Vieron las dos heridas y comprendieron que no había nada que hacer.

—Soy Ingram, señora Garrison… Prometí que volvería a visitarla… ¿Me recuerda?

—Sí… ¿Ha venido mi hijo, también?

—Temo que no, señora.

—¿No? Oh, es cierto… Él está muerto… ¿Verdad? Sí… Eso ha dicho Freddie… Freddie me ha hecho esto, que… que me duele… Dijo que por fin lo había hecho…

¿Es cierto que… que mató al presidente? Dijo… que destrozaría… destrozaría…

—¿El Pentágono?

—Sí… Yo le había prometido… quinientos… quinientos mil… dólares si… si lo hacía… Eso… eso dijo él, pero no es cierto… Ni es cierto que Dickie haya… haya muerto… Yo no odio… a nadie… Ni al presidente, ni a… a los militares de… del… del… ¿Estás ahí, Dick?

—No, señora Garrison: no está aquí. Murió en el Vietnam.

—¿Vietnam? Oh, no me importa eso… Yo lo que quiero es ir con mi Dickie… ¡Eso… es lo que…!

Se quedó crispada un instante, y luego se relajó. Pete Ingram le cerró los ojos lentamente.

—Quizá se reúna ahora con Dickie, señora Garrison —musitó.

# CAPÍTULO XIX

—El mayordomo se salvará —dijo Stripling—. Ya se lo han llevado, señor… ¿Ha encontrado algo interesante en la casa?

—No.

—¿Qué hacemos respecto a los *hippies*, señor? —preguntó Pete.

—¿Se te ocurre algo? —Gruñó Saunders.

—Pues no… —sonrió secamente—. Usted es el jefe, ¿no? Piense.

—¿Pensar? ¿Sabes qué ocurrirá si vamos a buscar a esos chicos? Todos se declararán culpables. Todos dirán que clavaron las navajas, que lo golpearon, que lo estrangularon, que lo patearon… Todos, uno a uno, querrán ser el culpable. Lo cual es absurdo. Lo son todos, pero… ¿cuál de ellos lo estranguló, cuál le clavó la navaja, cuál hizo tal o cual cosa? Invirtamos los términos, ahora. Supongamos que todos niegan haberlo hecho. Los hemos visto aquí, es cierto… Pero solamente nosotros. Si ellos, todos, niegan haberlo hecho, ¿cómo podríamos nosotros demostrarlo? ¿Cómo señalar a uno determinado y decir que él fue quien lo estranguló, y a otro que le clavó la navaja, y a otro que le golpeó con una cadena…? O todos culpables, o todos inocentes. Que lo decida gente de las alturas, Pete. Yo, no.

—De todos modos, Fred Weygand merecía algo así —gruñó Danny.

—Desde luego. Pero… Ahí viene Moos, seguramente con noticias recibidas en la radio del coche… ¿Y, Moos…?

El policía se detuvo delante del inspector.

—El avión fue hundido en el mar, lejos de la costa, donde explotó. Algo terrible, señor. Pero nada ha ocurrido… por esa parte.

—¿Qué quieres decir?

—Conjurado el peligro del avión. Pero… Bueno, los dos chicos

aquéllos, los *hippies* que saltaron en paracaídas… Los paracaídas no se abrieron, señor.

—Bien… —se impresionaron todos—. Mala suerte.

—No fue mala suerte, señor. Los cuerpos han sido ya recogidos y examinados los paracaídas. Tenían estropeado deliberadamente el mecanismo de apertura.

Todas las cabezas se volvieron hacia el lugar donde Fred Weygand había sido muerto por los *hippies*. Aún se veían manchas de sangre, pero menos de la que habrían dejado los dos jóvenes *hippies* al estrellarse contra la tierra por no abrirse sus paracaídas. Los meten en el avión y lanzan éste por control remoto contra el Pentágono. Si hay cualquier fallo, si por cualquier causa se conseguía posteriormente identificar a los dos, todo el asunto sería atribuido a los *hippies*. Y si ellos se daban cuenta de algo y saltaban por su propia iniciativa con el paracaídas, se matarían. Serían identificados como *hippies*, y sabrían que habían pilotado aquel avión…

Pero no. Los *hippies* no habían hecho aquello. Solamente habían sido utilizados por asesinos profesionales, por una loca…

Todo lo que habían hecho los *hippies* era destrozar a Fred Weygand.

—Se lo merecía… —masculló Saunders, sin poderse reprimir—. ¡Se lo merecía con todos los honores!

Nadie preguntó de quién hablaba, porque los pensamientos de los agentes discurrían por el mismo cauce.

—¿Volvemos al Police Department, señor? —propuso Pete—. Tenemos todavía mucho trabajo por delante…

—¿Los informes?

—Claro.

—Nosotros redactaremos la base general, Pete. Tú ve a descansar… ¿Cómo está tu espalda?

—Pues… honradamente, más mal que bien, señor. Pero quiero…

—Te irás a descansar. Mañana a las diez te esperamos y daremos el último retoque al informe total, con tus observaciones personales.

—Pero yo debería…

—Quiero agentes en condiciones para trabajar duro, Pete. No tipos enclenques que se me pasen toda la noche quejándose de su espalda y cosas así. Además, es una orden. Coge tu coche y lárgate.

¿Okay?

—Okay, señor. Hasta mañana.

# Este es el Final

Abrió la puerta de su casita, entró, cerró y se apoyó en la puerta, suspirando. No había mentido al decir que le dolía la espalda. En realidad, estaba hecho papilla, y si había resistido, había sido casi exclusivamente por amor propio, por no dejar que otros terminasen un trabajo que él había empezado.

Se quedó mirando la raya de luz que se veía bajo la puerta de la cocina. Atónito, fue hacia allí y empujó la puerta…

—Hola, Pete.

—Ho… hola, señorita Griffin…

—¿Señorita Griffin? —Frunció el ceño la muchacha.

—Yo… había olvidado que usted estaba aquí…

—Había un compañero tuyo conmigo, pero lo llamaron no hace mucho y le dijeron que aquí ya sólo serviría para estorbar. Se fue.

—Sí… Se fue… ¿Qué está haciendo en mi cocina?

—Preparando cena para dos.

—Ah… Huele muy bien, de veras…

—Tu compañero y yo fuimos al supermercado y compramos un pavo congelado. Se está cociendo al horno. Con trufas, champiñones, piñones y tomates.

—¿Tomates?

—Receta especial secreta. Te gustará. Soy muy buena cocinera.

—Qué bien… Bueno, luego llamaremos un taxi para que la lleve a su apartamento…

—¿No quieres que me quede? —musitó Emma.

—Pues…

—Soy muy buena cocinera, sé dar masajes, resulto más bien

simpática y creo que soy bastante bonita… ¿Qué más puedes pedir?

—Bueno…

—Para trasladarme aquí, sólo tenemos que casarnos y traer mi tablero de dibujo. Es fácil, Pete. Y así, podremos besarnos siempre que queramos.

—¿Besarnos?

—Pete… ¡no me digas que lo has olvidado!

—Pues… Bueno, realmente… Lo he olvidado bastante, sí…

—Entonces —sonrió Emma—, será cuestión de recordártelo.

¡Y vaya si se lo recordó! Las culpas las pagó el pavo, que casi se quemó en el horno.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…